Cristobal Colón

FARO MONUMENTAL

31027

BN
T.O. 97213
P963

Programa y Reglamento

DEL

CONCURSO PARA LA SELECCIÓN DE UN ARQUITECTO

PARA EL

Faro Monumental

QUE LAS NACIONES DEL MUNDO ERIGIRÁN
EN LA REPÚBLICA DOMINICANA
A LA MEMORIA DE

Cristóbal Colón

BIBLIOTECA NACIONAL - D. N.
SANTO DOMINGO

Preparado por
ALBERT KELSEY, F.A.I.A.
Consejero Técnico

PUBLICADO POR LA UNIÓN PANAMERICANA
1928

Biblioteca Nacional
Santo Domingo, R.D.

©31366

PREÁMBULO

ADEMÁS *del programa para el primer concurso y de la indicación de algunas reglas que deberán servir de norma al segundo, el arquitecto que ha redactado las bases técnicas del concurso ha creído conveniente insertar en el presente volumen algunas páginas que contienen sus observaciones e impresiones personales sobre la naturaleza física de la República Dominicana, las costumbres locales, rasgos de su historia, vestigios de su pasado colonial y ciertos aspectos de su vida social.* ¶ *La Comisión ha creído útil trasmitir a los concurrentes las impresiones del señor Kelsey sobre el ambiente, la cultura y la fisionomía física, social e histórica del país en el cual se va a erigir el monumento.* ¶ *El hecho y el personaje que se quieren conmemorar están ya definitivamente situados en su perspectiva histórica, y en su contemplación encontrarán los concurrentes los elementos de inspiración suficientes para evocar en la mente del artista la plena significación que el hecho y el hombre tienen en el desenvolvimiento de la civilización universal.* ¶ *Si el artista quiere encontrar el símbolo perfecto que dé relieve ideal al hecho y al personaje él debe situarse en un punto de vista universal y abarcar en su visión los cinco siglos de la historia del mundo en que el descubrimiento de América es el hecho más trascendental. Él ha de proporcionar su concepción a la amplitud del cuadro de ese período histórico dentro del cual resaltan con extraordinario relieve hechos como el Renacimiento, la civilización de la España de Isabel, las tres civilizaciones americanas, la indígena, la colonial y la moderna, el cambio de las rutas del comercio que pasa de las rutas mediterráneas a las rutas oceánicas y la influencia del Nuevo Mundo en la orientación ideológica, económica y política de la civilización occidental.*

BIBLIOTECA NACIONAL
SANTO DOMINGO, R. D.

Libro Primero

Primera Parte

HISTORIA DEL PROYECTO

EL PROYECTO de erigir un faro monumental a la memoria de Colón no es nuevo. Tampoco hay nada de nuevo en la idea de pedir a las naciones de la Tierra que contribuyan a costear la erección de tal monumento en la República Dominicana, ya que los dominicanos, a pesar de su reducido número y limitados recursos, y a pesar de lo mucho que, solos y sin ayuda, han hecho para honrar de diversas maneras el nombre del Gran Navegante, han tratado persistentemente por generaciones de conseguir el mismo objeto. A Don Antonio del Monte y Tejada, hijo de Santo Domingo, la isla predilecta de Colón, corresponde el honor de haber sido el primero en lanzar la idea. En su "Historia de Santo Domingo," publicada por primera vez en la Habana en 1852, dice refiriéndose a Colón:

"Forzoso es que el fallo de la posteridad se anticipe y sea proclamado en la época de las luces, en el siglo diez y nueve, y que este sea grande, generoso, memorable y eterno como sus acciones. Pronúncielo toda la América a la vez y confiese por todos los órganos de la opinión pública que la gloria del descubrimiento pertenece a Colón: que a él como instrumento de tan grandes descubrimientos, se le deben los diferentes que se practicaron por otros hasta el dia: que todo el influjo de ese inapreciable acto de la civilización es suyo, por las consecuencias que produjo en las ciencias y en el espíritu de los pueblos modernos: que todas las naciones, sin excepción, que poseen en ella estados o colonias, les son deudoras de una gratitud eterna, como causa y origen de la felicidad que promovió hacia sus metrópolis, o de la que le prepara la Providencia a sus súbditos americanos en el discurso de los siglos; y para que este acto sea digno de la riqueza y grandiosidad del nuevo mundo, eríjase la estátua que reclama ya su memoria, en el lugar más visible y ostentoso de América, en un punto central y donde pueda ser visitada por los viajeros al aproximarse a sus costas, y que yo me atrevería a designar la punta Isabelica de la Isla Española, por ser alli el centro, y donde se fundó la primera ciudad de América. Sea esta estátua un Coloso como el de Rodas, formada por los mejores escultores de la época, costeada por una suscrición de todas las ciudades de Europa y América, plantada en la actitud de manifestar con sus brazos los dos Continentes Americanos; y para que esta manifestación lleve en sí todas la condiciones de perpetuidad, establézcase en él un faro, para que los viajeros del antiguo como del moderno mundo,

al divisar la primera tierra desde el Oceano, puedan dirigir los ojos hacia aquella sombra venerable con gratitud y enternecimiento. Si los descendientes de la ilustre casa de Veragua creen que a ellos pertenece promover este acto de reconocimiento a la memoria de Colón, nadie mejor que ellos podria hacer que la ofrenda fuera digna y pudiese servir a la posteridad como un doble faro en la obscura noche de los tiempos."

Del Monte y Tejada no es, sin embargo, el único dominicano que antes del comienzo de este siglo haya promovido la idea de levantar en esta isla un monumento internacional a la memoria de Colón. En 1880, el General Gregorio Luperón, el gran héroe de Santo Domingo en su guerra contra España, 1863-1865, como Presidente Provisional de la República, emitió el siguiente decreto:

Núm. 1843.—Acuerdo del G. P. solicitando de todos los Gobiernos de las Naciones de América, España, Italia y demàs de Europa, su concurso pecuniario para erigir un monumento para conservar las cenizas del Descubridor del Nuevo Mundo.
Dios, Patria y Libertad.—República Dominicana.—Gregorio Luperón, Presidente provisional de la República.

Considerando: que las veneradas cenizas del ilustre Descubridor de la América, Cristóbal Colón, fueron encontradas el día 10 de septiembre de 1877 en la Santa Iglesia Catedral Metropolitana de la República, en la ciudad de Santo Domingo.

Considerando: que el criterio ilustrado e imparcial ha disipado con datos evidentes y auténticos las dudas que podían tenerse, por la obscuridad histórica, respecto de si los restos hallados en la Santa Iglesia Metropolitana eran o no los verdaderos de D. Cristóbal Colón.

Considerando: que la República Dominicana, a quien legó Colón el inapreciable tesoro de sus restos mortales, debe promover, por cuantos medios le sean asequibles, la erección de un monumento que conserve como una arca santa tan sagrada reliquia.

Considerando: que el mundo civilizado es deudor de una inmensa suma de gratitud a Colón, uno de los más grandes hombres que han visto los siglos; que lo son más especialmente las naciones que pueblan la América; que lo es España, a quien dotó de un mundo y enalteció con su nombre; que lo es Italia, su patria, a quien glorificó por ese solo hecho, y por ese solo hecho realizó los timbres de tan culta Nación; que lo son, en fin, y especialmente las naciones europeas que tienen posesiones en América.

Considerando: que el tesoro de la República es sumamente pobre y no puede por sí solo satisfacer los gastos de un monumento digno de las reliquias de tan esclarecido varón,

ACUERDA:

Art. 1°. Solicitar de todos los Gobiernos de las naciones que pueblan la América; del de España e Italia y de las otras naciones europeas que tienen posesiones en América, su concurso pecuniario para erigir en la ciudad de Santo Domingo un monumento en que se conserven las reliquias del ilustre Descubridor del nuevo mundo.

Art. 2°. El tesoro nacional se suscribe con la suma de $10,000.

Art. 3°. Obtener la formación de una junta compuesta del cuerpo diplomático y consular, residente en la ciudad de Santo Domingo, presidido por el prelado de la Arquidiócesis y que se ocupe en recibir las sumas con que quieran contribuir las naciones suscritas a tan honrosa obra; en determinar, de acuerdo con el Gobierno, la forma, dimensión, materia y demás circunstancias referentes al monumento; de presuponer el gasto del mismo, suministrarlo y, en fin, dirigir la obra e intervenir en todo lo que a ella concierna.

Art. 4°. Las sumas con que se suscriba cada una de las naciones de que habla el artículo 1°. irán directamente a manos de la junta consular y diplomática.

Art. 5°. Tan pronto como estén en poder de la junta las cuotas con que contribuyan las naciones expresadas, deberá principiarse el monumento, cuya solidez, magnificencia y arquitectura estarán en proporción con la cantidad colectada.

Art. 6°. La junta consular y diplomática notificará a las naciones contribuyentes el día en que se principie y concluya el monumento.

Art. 7°. Cuando esté terminado el monumento, el Ministro de Relaciones Exteriores solicitará de la junta una cuenta exacta de los gastos de la obra, y enviará copia de ella a cada una de las naciones suscritas.

Art. 8°. El Ministro de Relaciones Exteriores queda encargado de dirigirse a las naciones enumeradas en el art. 1°. en solicitud de la suscripción, y al cuerpo diplomático y consular residente en la ciudad de Santo Domingo, para recabar de él la constitución de la junta.

Art. 9°. El Ministro de Hacienda y Comercio dictará las órdenes correspondientes para proveer oportunamente la suma con que se suscribe el tesoro nacional.

Dado en San Felipe de Puerto Plata, Capital interina de la República, el día 1°. del mes de abril de 1880, año 37 de la Independencia y 17 de la Restauración.—Gregorio Luperon.—Refrendado: El Ministro de lo Interior y Policía, A. Deetjen.—Refrendado: El Ministro de Relaciones Exteriores, Federico Lithgow.—Refrendado: El Ministro de Justicia e Instrucción Pública, Eliseo Grullon.—Refrendado: El Ministro de Hacienda y Comercio, R. R. Boscowitz.

Es evidente, como se desprende del decreto del General Luperón, que el hallazgo de los restos de Colón en la Catedral de Santo Domingo en 1877 había cambiado las ideas de los dominicanos en cuanto a la ubicación del proyectado monumento; pues Del Monte y Tejada proponía el Cabo Isabela mientras el General Luperón en 1880 lo hubiera ubicado en la ciudad de Santo Domingo. El General Luperón está, sin embargo, enteramente de acuerdo con Del Monte y Tejada en cuanto al carácter internacional de la empresa.

Pasaron los años, y si bien en 1887 se levantó una estátua a Colón en la plaza principal de Santo Domingo — plaza que desde entónces se ha llamado "Plaza de Colón"— la idea de un monumento que guardara las cenizas de Colón no había de morir. En consecuencia, el 11 de Octubre de 1892, el Gobierno Nacional creó la "Junta Nacional Colombina", la que fué debida-

mente organizada al dia siguiente, 12 de Octubre de 1892, siendo el 400°, aniversario del descubrimiento de América, y que debía encargarse de la construcción de una tumba digna de contener los restos del ilustre Descubridor del Nuevo Mundo. Los siguientes caballeros componían esa Junta:

Fernando Arturo de Merino, Arzobispo de Santo Domingo, Primado de las Indias, Presidente Honorario.

Manuel M. Gautier, Vice-Presidente de la República, Presidente ex-oficio de la Junta.

Emiliano Tejera, Substituto del Presidente.
J. M. Pichardo B., Tesorero.
Federico Henríquez y Carvajal, Secretario General.
José G. Garcia.
Francisco G. Billini.
Jose J. Pérez.
Eliseo Grullón.
J. Pantaleon Castillo.

Miembros ex-oficio

El Secretario de Relaciones Exteriores.
El Secretario de Fomento y Obras Públicas.

Esta Junta llevó a cabo, con fondos obtenidos por medio de un impuesto especial, la construcción del monumento que se levanta en la Catedral, y procedió a su dedicación el 6 de Diciembre de 1896, aniversario del descubrimiento de "La Española" por Colón el 6 de Diciembre de 1492. Esperaba la Junta que, andando el tiempo y cuando se dispusiera de mayores recursos, esta tumba había de ser trasladada a una construcción más apropiada, coronada por un faro, y a este propósito adquirió el lote de terreno conocido ahora con el nombre de "Plaza Colombina" en el lado poniente de la ciudad de Santo Domingo. Sin embargo, el impuesto especialmente creado con este último objeto no fué aprobado, y la Junta, careciendo de fondos, no pudo hacer más en lo concerniente a la erección del proyectado monumento en la Plaza Colombina.

En 1914, el Señor William E. Pulliam, Receptor General de Aduanas de la República Dominicana, empezó una campaña sistemática en favor de la construcción del Faro monumental que ahora se considera, y que trajo como resultado la publicación de una serie de artículos y editoriales en los principales diarios de Norte y Sud América, apoyando entusiastamente el proyecto. Presentóse también el Señor Pulliam ante el Comité de Relaciones Exteriores de la Cámara de Representantes en Wáshington, exponiendo el

BIBLIOTECA NACIONAL · SANTO DOMINGO, R. D.

proyecto y encareciendo al gobierno de los Estados Unidos que participara en el esfuerzo de llevar a seguro término la materialización de este testimonio de gratitud de las Américas a Colón.

El 12 de Octubre de 1923, el Presidente Provisional de Santo Domingo, don Juan Bta. Vicini Burgos, reorganizó la Junta Nacional Colombina, que es actualmente presidida por el Secretario de Relaciones Exteriores de la República Dominicana, y que cuenta entre sus miembros a hombres de relieve, tanto oficiales como particulares. Este Comité ha hecho y hace excelente obra.

No fué, empero, hasta que la Quinta Conferencia Internacional Americana celebrada en Santiago de Chile en 1923, declaró favorecer el proyecto que todos estos años de esfuerzo llegaron a contar con verdadero apoyo internacional.

La siguiente resolución, propuesta por el representante dominicano a esa Conferencia, Señor Tulio M. Cestero, fué adoptada unánimemente:

"CONSIDERANDO que aún no se ha erigido en América un monumento que perpetúe los sentimentos colectivos de gratitud, admiración y amor debidos a Cristóbal Colón, Descubridor de América y Benefactor de la Humanidad;

"CONSIDERANDO que la ciudad de Santo Domingo, en la antigua 'Española,' hoy capital de la República Dominicana, fué escena de las glorias y desventuras de aquel insigne varón, y tanto está íntimamente vinculada a su historia;

"LA QUINTA CONFERENCIA INTERNACIONAL AMERICANA RESUELVE:

"Recomendar a los Gobiernos de las Repúblicas de América que honren la memoria de Cristóbal Colón, con la erección de un faro monumental, que lleve su nombre, en la costa de la ciudad de Santo Domingo, Capital de la República Dominicana, el cual debe construirse con la cooperación de los Gobiernos y pueblos de América, y demás que lo deseen.

Santiago de Chile, 24 de Abril de 1923.

(Firmados) Tulio M. Cestero, República Dominicana; J. C. Vidal Caro, Cuba; Alejandro Alvarado Quirós, Costa Rica; Rafael M. Arízaga, Ecuador; Pedro César Dominici, Venezuela; Guillermo Valencia, Colombia; Cárlos Cuadra Pazos, Nicaragua; Cecilio Bustamente, El Salvador; Justino Jiménez Aréchaga, Uruguay; Narciso Garay, Panamá; Agustín Edwards, Chile; Fernando Saguier, Argentina; S. Gurgel do Amaral, Brasil; Benjamín Villaseca M., Honduras; Henry P. Fletcher, Estados Unidos de América; Máximo Soto Hall, Guatemala; M. Gondra, Paraguay; Arthur Rameau, Haití.

Anteriormente al 1°. de Enero de 1927, los siguentes países Panamericanos habían adherido al movimiento pro faro: República Dominicana, Cuba, El Salvador, Haití, Argentina y Colombia; posteriormente, Los Estados Unidos de América y México.

Con fecha 27 de Enero de 1927, el Congreso de los Estados Unidos de América ratificó el acuerdo de la Conferencia de Santiago de Chile, como sigue:

"Resuelto por la Cámara de Representantes conjuntamente con el Senado: Que es el sentir de este Congreso que los Estados Unidos deben aprobar el proyecto internacional presentado en la Conferencia Panamericana celebrada en Santiago de Chile en Abril de 1923, de erigir un faro conmemorativo en Santo Domingo, República Dominicana, en homenaje a Cristóbal Colón, y que sean notificados los diversos estados participantes en dicha conferencia, por las usuales vías diplomáticas, del deseo del pueblo de los Estados Unidos de participar en este movimiento para honrar la memoria del Gran Navegante y Descubridor."

El proyecto había sido ya discutido por el Consejo Directivo de la Unión Panamericana antes que las naciones empezaran a ratificar el acuerdo de sus representantes en la Quinta Conferencia Internacional Americana; pero no fué sino en Mayo de 1926 que se registró formalmente.

RESOLUCION adoptada en la reunión celebrada el 5 de Mayo de 1926:

"El Consejo Directivo ha oído con profundo interés la exposición hecha por el Señor Ministro de la República Dominicana, relativa el Faro de Colón, y considerando que la Quinta Conferencia Internacional Americana recomendó a los Gobiernos de América honrar la memoria de Cristóbal Colón, erigiendo un faro que lleve su nombre en la costa de la ciudad de Santo Domingo.

"Resuelve: Expresar su simpatía por el homenaje proyectado en honor del Descubridor del Nuevo Mundo, y su adhesión a la recomendación hecha por la Quinta Conferencia a las naciones de America de cooperar en la erección del monumento."

RESOLUCION adoptada en la reunión celebrada el 2 de Marzo de 1927:

Resuélvese: Que la Unión Panamericana dé los pasos que sean necesarios para asegurar la realización del proyecto de erección del Faro de Colón. El Consejo Directivo de la Unión Panamericana entiende que el Gobierno Dominicano pagará todos los gastos necesarios, incidentales a la preparación de planes y al otorgamiento de premios, etc., de los $300,000 apropiados por la República Dominicana. La Unión Panamericana hará todo lo posible por obtener la cooperación de las otras repúblicas del continente americano, en la apropiación de la contribución total que sea necesaria, de acuerdo con un plan aprobado por el Consejo Directivo."

INFORME DE LA COMISIÓN DESIGNADA PARA ESTUDIAR MEDIOS DE COOPERACIÓN PANAMERICANA, etc., y

RESOLUCIÓN adoptada el 12 de Abril de 1927:

La Comisión encargada de informar sobre la exposición hecha en nombre de su Gobierno y sobre el proyecto de resolución presentado por el señor Ministro de la República Dominicana, ha estudiado el asunto con la atención que corresponde a la alteza de la idea que la Conferencia de Santiago recomendó a la cooperación panamericana.

La Comisión ha encontrado en la exposición del señor Ministro de la República Dominicana ideas que ha acogido con agrado, que pueden servir de base para la ejecución del proyecto y que honran al Gobierno que ha tomado esta noble iniciativa.

En conformidad con la resolución de la Quinta Conferencia Panamericana, el Gobierno de la República Dominicana sugiere la erección del Faro de Colón en las costas de Santo Domingo y este sitio es el más apropiado para el homenaje a la memoria del gran navegante. Fué esa costa la primera estación en la ruta del descubrimiento del continente, fué allí que asumió realidad la visión del mundo nuevo que el genio de Colón y la energía de España dieron a la civilización; fué en la Española donde Colón quiso dejar sus cenizas a la veneración de América; y es justo que el monumento de su glorificación se alce en el teatro de su fortuna y de sus desventuras, cerca del asiento de la primera ciudad colonial y cerca de la tumba donde la piedad de un pueblo ha tributado por siglos reverencia a sus despojos.

Los países americanos han honrado nacionalmente el nombre de Colón en monumentos públicos y han consegrado como fecha inicial de sus anales el día del descubrimiento, pero su memoria espera todavía el homenaje colectivo, el tributo común de todos los pueblos de este Hemisferio. El retardo con que se pagará esta deuda de reconocimiento ha contribuido a destacar al hombre y al acontecimiento en la adecuada perspectiva histórica y ningún testimonio más visible de la obra de Colón de la transcendencia del descubrimiento de América que las veinte y un naciones que vendrán a rendir el homenaje entradas ya en su virilidad política, su madurez de pensamiento y en la plenitud de su fuerza económica.

Ningún símbolo puede integrar más cabalmente el pasado y el porvenir de América que la memoria de Colón. Ella une en una común devoción los hombres de todas las razas y las civilizaciones de todos los orígenes que se han desarrollado en este Hemisferio. Perpetuando el recuerdo del hecho memorable, e incluyendo en un homenaje digno de su fama al hombre que tuvo la inspiración y la fe en la existencia del mundo nuevo y al pueblo que tuvo el heroismo y la gloria de darles realidad, América afirmará de una manera solemne y tangible la unidad de sus orígenes y la unidad de su destino. Remontando al hecho inicial del descubrimiento, todos los pueblos americanos encuentran en él la profunda raíz histórica de la cual ha brotado el sentimiento de solidaridad continental, que es la base del ideal panamericano.

Y para que la ofrenda sea más perfecta y más genuinamente expresiva de la transcendencia del hecho del descubrimiento, de la adición de progreso y bienestar que ha aportado a la humanidad el tesoro de las riquezas naturales del continente descubierto por Colón y de la adición de cultura que ha aportado a la civilización la obra intelectual de América; la Comisión cree que cada nación americana podrá enviar, además de la contribución pecuniaria, una porción de tierra de su suelo que se depositaría en la base del monumento, y un producto de su arte o de su industria que incorporados al monumento le darían la real significación simbólica de lo que hay de más fundamental y sagrado en la existencia nacional de cada paíz, que es su territorio, y de lo que hay de más elevado y noble en su vida espiritual que son las creaciones de su pensamiento en el arte, en la ciencia y en la industria.

La Comisión hace constar su aprecio por la iniciativa que ha tomado el Gobierno de la República Dominicana, que con una largueza que honra su generosidad, ha

asumido una parte considerable de la obligación de gratitud que corresponde a la América entera.

La Comisión propone al Consejo el siguiente proyecto de Resolución:

El Consejo Directivo de la Unión Panamericana, con el objeto de dar cumplimiento a la Resolución de la Quinta Conferencia Panamericana que recomendó a las naciones de América que cooperaran en la erección de un monumento conmemorativo de la gloria de Colón y del Descubrimiento del Nuevo Mundo:

RESUELVE:

Que la Comisión nombrada por el Consejo para estudiar la forma en que ha de realizarse el proyecto, se constituya como Comisión Permanente para que estudie y recomiende al Consejo las medidas más adecuadas paracel cumplimiento de la Resolución de la Quinta Conferencia.

El Consejo autoriza a la Comisión para emplear los servicios de un arquitecto americano o español, residente en los Estados Unidos con el fin de estudiar sobre el terreno, de acuerdo con el Gobierno de la República Dominicana, el lugar más conveniente para la erección del monumento y asesorar a la Comisión para fijar las condiciones de un concurso que se abrirá entre los arquitectos de España y de todas las naciones de América.

Concluídos los estudios preparatorios, la Comisión someterá al Consejo las bases del concurso y de la cooperación de las naciones americanas para la erección del monumento.

(Firmados) Miguel Cruchaga Tocornal,
Embajador de Chile.
Ángel Morales,
Ministro de la República Dominicana.
Carlos Izaguirre,
Encargado de Negocios de Honduras.

RESOLUCIÓN adoptada el 2 de Noviembre de 1927:

El Consejo Directivo de la Unión Panamericana,

Considerando, Que la resolución de la Quinta Conferencia Internacional Americana, aunque se limitó a recomendar la cooperación para la erección del Faro de Colón a las Repúblicas que hacen parte de la Unión Panamericana, prevee sin embargo la posibilidad de que puedan participar en el homenaje a la memoria del Descubridor otros países del Mundo:

RESUELVE:

1. Que en el homenaje que se va a tributar a la memoria del Descubridor podrán participar los Gobiernos y los pueblos de todas las naciones del Mundo;

2. Que el concurso para la erección del Faro de Colón será abierto entre todos los arquitectos sin distinción de nacionalidad, quedando en este sentido enmendada la resolución del Consejo Directivo del 12 de abril de 1927;

3. Que se apruebe el informe de la Comisión y las modificaciones al Informe del arquitecto, Señor Kelsey, que en él se recomiendan;

4. Que la Comisión Permanente quede encargada de ordenar la impresión del Informe del Señor Kelsey y de las bases del programa del concurso con las modificaciones recomendadas en el Informe de la Comisión;

5. Que quede autorizada la Comisión para desarrollar un plan de organización del trabajo de divulgación internacional de la idea del homenaje a Colón, y de preparar otro plan para obtener la cooperación de los Gobiernos y pueblos de todas las naciones del Mundo.

Durante el verano el Señor Cruchaga renunció a su cargo de Embajador de Chile, y el Dr. Honorio Pueyrredón, Embajador de la Argentina, fue designado en su lugar para encabezar la Comisión Permanente.

Queda por decir, suplementando esta exposición, que el 6 de Junio de 1927, el Consejo Directivo de la Unión Panamericana, comprendiendo a los Embajadores y Ministros de las Repúblicas Americanas en Washington y presidido por el Hon. Frank B. Kellogg, Secretario de Estado de los Estados Unidos de Norte América, no solamente confirmó lo acordado por su Comisión Permanente del Monumento a Colón, designando al Señor Albert Kelsey, F. A. I. A., uno de los arquitectos del Edificio Panamericano en Washington, como Consejero Técnico, sino que pidiéndole desde luego acompañar a Santo Domingo a S. E. Don Angel Morales, Ministro Dominicano en Washington, (1) para ayudar a elegir un sitio apropiado; (2) para proceder a un detenido estudio de la ubicación que hubiera de elegirse, tanto en relación con la ciudad de Santo Domingo como con la navegación internacional, ya sea marina o aérea; (3) redactar el programa y formular los reglamentos para el concurso que ha de dar por resultado la selección de un arquitecto que se encargue de proyectar el Faro Monumental de Colón y sus accesorios. El Señor Kelsey fué a ese país, conferenció con el Presidente Vásquez y otros oficiales del gobierno, y a poco de regresar dió a conocer el informe a que hace referencia la resolución de fecha 2 de Noviembre.

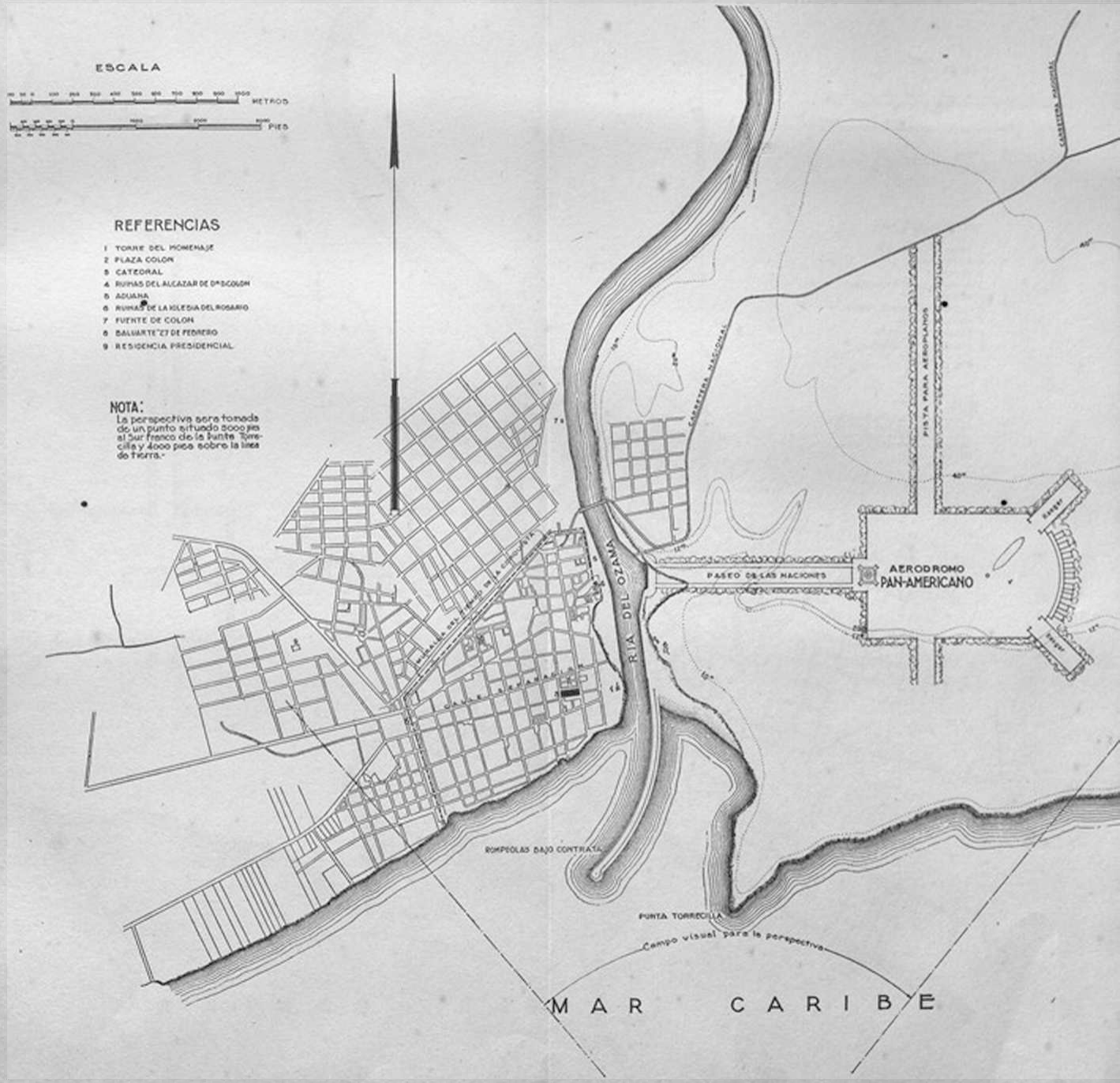
En la Sexta Conferencia Internacional Americana, celebrada en la Habana, Cuba, del 16 de Enero al 20 de Febrero de 1928, el Dr. Tulio M. Cestero de la República Dominicana dió a conocer los pasos que habían sido dados para llevar a la práctica la resolución que acerca del Faro de Colón adoptara la Quinta Conferencia Internacional Americana de Santiago de Chile.

Al mismo tiempo, las delegaciones de Bolivia, Mexico y Perú, cuyos países no estuvieron representados en la Quinta Conferencia, expresaron su entusiasta adhesión al proyecto, haciendo así unánime la cooperación de las veintiuna repúblicas en favor de la construcción de un faro para honrar la memoria de Cristóbal Colón.

BIBLIOTECA NACIONAL

A raíz de la renuncia del Dr. Honorio Pueyrredón del cargo de Embajador de la Argentina en Washington, el Dr. Orestes Ferrara, Embajador de Cuba ante los Estados Unidos, fué designado Presidente de la Comisión Permanente del Consejo Directivo de la Unión Panamericana para el Faro Monumental de Colón

Con el propósito de llevar a la práctica la recomendación del Consejo Directivo de que la Comisión Permanente formulara un plan de organización tendente a la difusión internacional de la idea de un homenaje a Colón, dicha Comisión sometió a la consideración del Consejo, en su sesión celebrada el 4 de Abril de 1928, una exposición recomendando la creación de Comisiones nacionales de cooperación en cada país, a la mayor brevedad posible, bajo la iniciativa de los respectivos gobiernos. Estas Comisiones tendrán por objetivo cooperar a la confección del proyecto para la erección del Faro Conmemorativo de Colón. La recomendación de la Comisión fué unánimemente aprobada por el Consejo Directivo.


ESCALA
METROS
PIES
REFERENCIAS
1 TORRE DEL HOMENAJE
2 PLAZA COLON
3 CATEDRAL
4 RUINAS DEL ALCAZAR DE Dn COLON
5 ADUANA
6 RUINAS DE LA IGLESIA DEL ROSARIO
7 FUENTE DE COLON
8 BALUARTE "27 DE FEBRERO"
9 RESIDENCIA PRESIDENCIAL
NOTA:
La perspectiva será tomada de un punto situado 3000 pies al Sur franco de la Punta Torrecilla y 4000 pies sobre la línea de tierra.
RIA DE OZAMA
CARRETERA NACIONAL
PISTA PARA AEROPLANOS
PASEO DE LAS NACIONES
AERODROMO PAN-AMERICANO
Hangar
ROMPEOLAS BAJO CONTRATA
PUNTA TORRECILLA
Campo visual para la perspectiva
MAR CARIBE

Segunda Parte

PROGRAMA DEL CONCURSO PRELIMINAR

El Problema

DISPONIÉNDOSE de 2500 acres de terreno a la orilla del mar para el que ha de ser el exclusivo Parque Panamericano, el problema es, ante todo, encontrar el mejor sitio para el Faro Conmemorativo de Colón:—el más apropiado para un fanal que ha de guiar la navegación tanto por el mar como por el aire—el más aparente para un monumento conmemorativo—el mejor, en fin, para un gran centro internacional.

Determinado tal sitio, relacionarlo con el puerto y la antigua ciudad que le dá frente; y después concentrarse en el diseño del Faro Conmemorativo de Colón y sus agregados.

El terreno reservado para el objeto comprende el lugar en que Bartolomé, hermano de Cristóbal Colón, fundó la ciudad primitiva. En él están también las ruinas de la Iglesia Dominicana del Rosario, la Iglesia Cristiana más antigua del Hemisferio Occidental. Con excepción de esta sagrada reliquia, que deberá ser escrupulosamente conservada, todo el terreno puede considerarse como limpio y no cruzado por caminos.

En este trabajo de proyectar con magnificencia el hermoseamiento de una vasta extensión de terreno y de diseñar un gran monumento, el competidor se ve confrontado por un problema que sale de lo ordinario. Espléndido y romántico, vigoroso y atrayente, debe simbolizar y recordar todos los aspectos de la vida en sus siglos de mayor romanticismo. Desde el día memorable en que Colón, en Génova, tuvo la primera inspiración, hasta el día en que Napoleón Bonaparte escribía en Francia "Mes Braves Noires"; a través de las vívidas páginas de la historia de muchas y diversas naciones, incluyendo la historia entera de las colonias españolas en América; más tarde, a través de febriles días de progreso, hasta el reciente atardecer en que Charles Lindbergh visitó al Presidente Vázquez; episodio tras episodio, acontecimiento tras acontecimiento, hanse acumulado para contribuir al enriquecimiento de uno de los más fascinantes temas que puedan ofrecerse a la imaginación.

El competidor ha de proyectar, pues, un monumento que ejerza sobre la mente tal poder, como no puede conseguirlo la arquitectura corriente del

día, con toda su evidente perfección. Es decir, un monumento en el que no ha de tener cabida la prisa ni la vulgar imitación, ni el comercialismo, ni la diaria rutina, mientras que lo puramente académico, no importa cuán técnicamente perfecto, estará aún muy distante de alcanzar el objetivo que se tiene en vista. Se desea, pues, algo enteramente nuevo y original, en su espíritu y sustancia tanto como en su forma, un monumento nobilísimo que encierre en sí un mensaje que contribuya al saber y al pensamiento. Y puesto que la esencia misma del problema es su cualidad espiritual, se da al competidor la más ámplia libertad en la expresión de su pensamiento. En realidad, los únicos requisitos obligatorios son: (1) que el monumento ha de erigirse sobre un montículo o terraza, o terrazas, de más o menos cuarenta pies (unos 12 metros) de elevación, de modo que su base sea visible por sobre las copas de los árboles desde cualquier punto; (2) que la estructura, cualesquiera que sea su forma, deberá contener una capilla lo suficientemente grande para recibir el monumento a Colón actualmente en la Catedral (su base es virtualmente de treinta piés de diámetro y se recomienda considerar no menos de sesenta pies de altura para el techo); (3) que se provea local para un museo, ya sea como parte de la capilla o en otro lugar, para contener las reliquias históricas que se puedan reunir en el curso de un largo período de años; (4) que deberá llevar a lo menos una gran linterna; (5) que el conjunto, visto desde la distancia, atraiga poderosamente la atención.

Se establece, sin embargo, que no se deberá exceder de seiscientos pies de altura total; que deberá ser construído a base de estructura de acero, o cemento armado, recubierto hasta cierta altura de un material más noble; que los bloques de concreto, granito u otro material deberán ser amarrados entre sí por medio de empalmes de bronce inoxidable, y a su vez al esqueleto de acero en la misma forma. Que además de la instalación del aparato luminoso que enviará sus poderosos rayos a gran distancia, deberán aprovecharse todos los recursos del arte de iluminación moderna para conseguir un efecto que haga al Faro de Colón tan interesante de noche como de día.

Finalmente, indicar un extenso programa de desarrollo del resto del terreno: (1) destinando un espacio de a lo menos 2000 x 3000 pies para aeródromo y una cancha de partida de más o menos una milla de largo, un mástil para amarrar dirigibles, hangares, talleres de reparaciones, etc.; (2) un central oficial que incluya una nueva casa para el Presidente de la República y cuatro o cinco residencias oficiales, así como seis u ocho edificios públicos de modestas dimensiones, de dos pisos y apropiados para el clima tropical; (3) trazar uno o más barrios residenciales con sitios de no menos de 100 pies de ancho, y que no den frente directo al mar, considerando que el aire saturado

de humedad en la proximidad de la orilla haría desagradable la vida en este sector. En una palabra, el competidor debe proveer un estrecho parque, entre el acantilado y el camino en proyecto que ha de unir pronto el puente actual con la ciudad de Bocachita (véase el plano). Las residencias aludidas deberán dar frente a este camino en vez de al mar.

Estas unidades secundarias son requeridas solamente con la idea de considerar en el proyecto toda la extensión de terreno disponible. Deberá proyectarse un programa de desarrollo sencillo y de poco costo, ya que la idea es que el Parque Panamericano conserve siempre un aspecto silvestre, completa y decididamente dominado por el Faro Conmemorativo de Colón.

Documentos que se Proporcionarán a cada Competidor

Este Programa y Reglamento (páginas 17 a 30 inclusives). Este contiene solamente dos ilustraciones:

1. Un plano del terreno y parte de la ciudad opuesta, con una nota que indica la ubicación del punto desde el cual, o desde cuya dirección, deberá dibujarse la perspectiva, como igualmente una sugestión arbitraria para la ubicación, disposición y tamaño del aeródromo y la cancha de partida. Esta sugestión no es, en absoluto, una recomendación.

2. Un dibujo, tomado de una fotografía, del Monumento a Colón actualmente en la Catedral. (El Monumento que será desmontado y erigido nuevamente en la capilla del Faro).

3. En el Libro Segundo (que no es parte del Programa y Reglamento) se insertan algunos grabados, con la idea de familiarizar al competidor con el carácter de la antigua ciudad, al mismo tiempo que el texto que las acompaña tiene por objeto estimular al competidor a consultar autoridades más competentes.

4. Los únicos otros documentos que se suministrarán, serán dos cartas circulares destinadas a ayudar a los competidores a elegir el Jurado Internacional; y dos boletines impresos contestando preguntas y dando instrucciones finales, en el caso de que estas últimas fueran necesarias.

Dibujos Requeridos

Se requieren los siguientes dibujos:

1. Una elevación del faro;
2. Una sección del faro;
3. Un plan y sección general del proyecto completo;
4. Una perspectiva;
5. Una hoja de planos del faro tomados a diferentes niveles; en la escala o escalas que el competidor estime más convenientes;

6. Una hoja de detalles exteriores e interiores, en la escala o escalas que el competidor estime más convenientes.

La elevación y la sección deberán ser presentadas verticalmente, y los otros cuatro dibujos, horizontalmente.

Todos los dibujos deberán ser en papel blanco de las siguientes dimensiones: Las hojas para la elevacion y para la sección deberán medir 81 cm. x 168 cm. (32″ x 66″), lo que dará para los dibujos 76 cm. x 163 cm. (30″ x 64″) al reducir el área de cada hoja por un margen de 25 mm. (1″). Las otras cuatro hojas deberán medir 81 cm. x 137 cm. (32″ x 54″), debiendo tener también un margen de 25 mm (1″).

La elevación y la sección deberán ser hechas en una escala de 1/16″ por pie o (.05) 1 m. en 200 m.

El plano general del proyecto deberá ser hecho en escala de 1 a 4000 (1″ = 333′) y debe incluir una sección que, tomada desde el nivel del mar, corte el faro y el aeródromo.

Materiales de Construcción

La República de Santo Domingo no es rica en materiales de construcción. Las antiguas fortalezas españolas, iglesias y palacios, demuestran, sin embargo, que la roca coral nativa resiste bien, habiendo en algunos casos estado expuesta al tiempo y a los temblores por espacio de cuatrocientos años. Esta roca más o menos porosa, es de hermoso color y contextura, pero no se puede obtener en bloques de grandes dimensiones; aunque en algunas de las antiguas construcciones se suelen encontrar algunos de 4 pies de largo por 2 pies de alto y 1 pie de espesor. Estos son, sin embargo, muy raros, y se puede decir que las canteras no producen hoy día bloques de más de 2 pies de largo por 1 pie de espesor y 18 pulgadas de alto. A pesar de que esta piedra es muy dura, puede ser cortada o trabajada en formas mas o menos definidas, y más de un gran escudo o tosco bajo-relieve fué tallado por los antiguos españoles en este material

Caoba puede obtenerse en trozos cortos pero no en grandes cantidades.

Ingenieros competentes opinan que el cemento armado sobre esqueleto. de acero estructural sería lo más apropiado para soportar temblores y vientos de gran intensidad. En resumidas cuentas, la mayor parte de los materiales, así como todos los aparatos y equipo tendrán que ser importados; así pues, en el primer concurso, el competidor queda en entera libertad para proponer el empleo de los materiales que sean más de su agrado.

Acceso a la Sección Nueva de la Ciudad

Se deja a la discreción, habilidad y buen sentido del competidor, la manera de acceso a la nueva ciudad de Santo Domingo, esto es, a la zona del Parque

BIBLIOTECA NACIONAL · SANTO DOMINGO · R. D.

Panamericano, los caminos de enlace entre el puerto y el aeródromo, y entre los edificios del gobierno y los barrios residenciales y de hoteles. Deberá tenerse presente, sin embargo, que no podrá haber vías de tráfico que crucen el aeródromo o la cancha de partida, y que sería muy deseable un extenso campo de aterrizaje en la ribera del río. Finalmente, la hermosa carretera "Caribe" ya proyectada a lo largo de la costa hacia Bocachita, deberá ser indicada.

Orientación

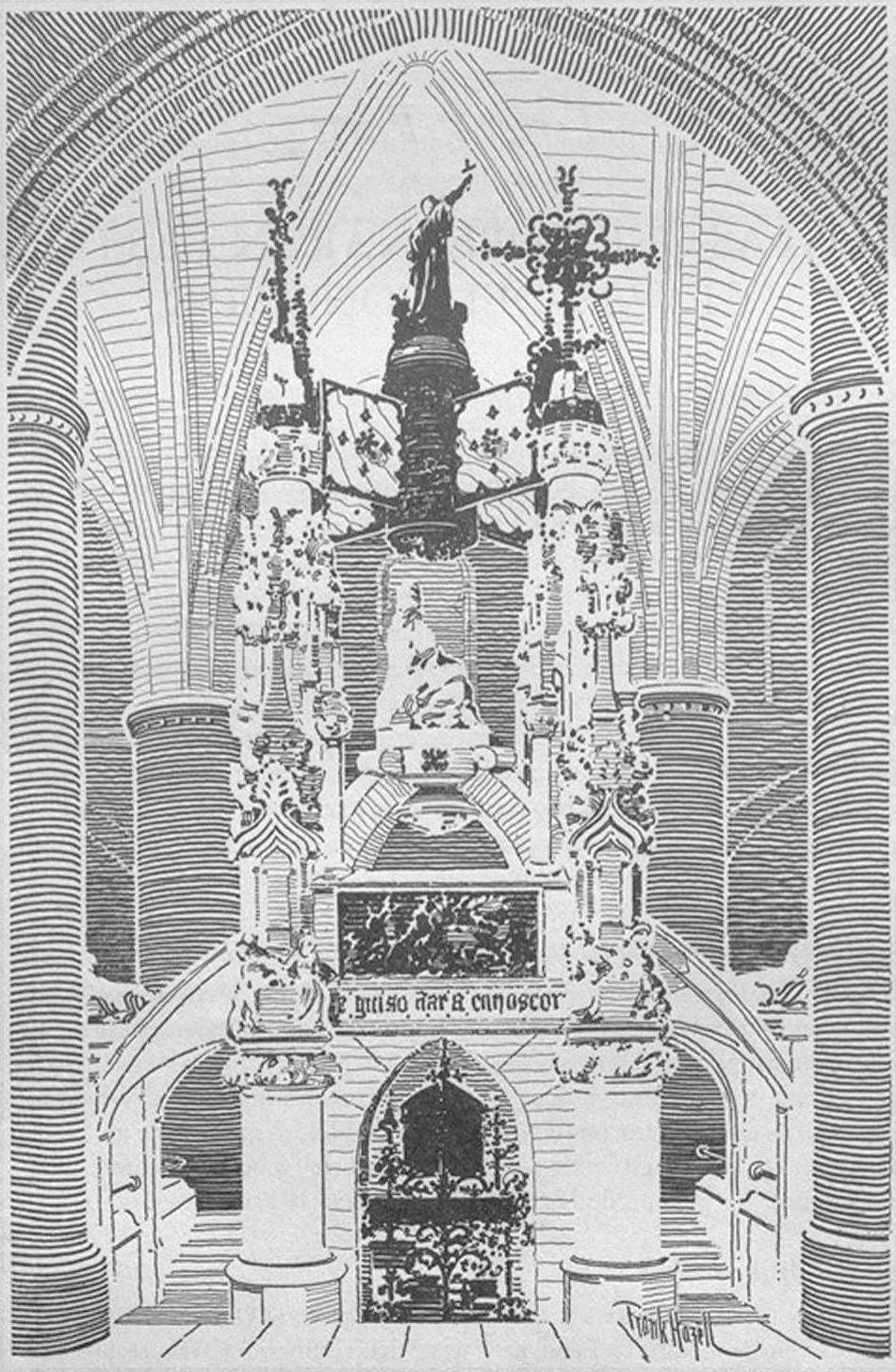
Tanto la ubicación del faro como la orientación general del proyecto y de cualesquiera de sus subdivisiones, queda enteramente al criterio del competidor. Se establece, sin embargo, que se deberá incluir una cancha de partida para aeroplanos de 300 pies de ancho por más o menos una milla de largo, dispuesta en dirección norte-sur, al mismo tiempo que, si se estima conveniente, podrá indicarse otra que corra en ángulo recto a la exigida.

Futuro Desarrollo

Conviene tener presente que el faro no es más que una unidad, si bien la principal, en un proyecto de largo alcance. Por lo tanto, la previsión del competidor al considerar el futuro desarrollo y crecimiento, tanto del puerto como de todo el conjunto, haciéndolo adecuado para un gran centro Panamericano, con su moderno aeródromo y exclusivos distritos oficiales y residenciales, será tomada en cuenta al momento de adjudicar el premio.

Restricciones y Propiedad

Los 2500 acres que han de formar el distrito en cuestión continuarán siendo propiedad del Gobierno Dominicano; pero ese gobierno no permitirá jamás edificios de carácter comercial, rascacielos, fábricas, carteles de anuncios o casas de construcción barata dentro de sus límites.



La Tumba de Cristóbal Colón en la Catedral de Santo Domingo

Desgraciadamente fué necesario bajar el nivel del piso, y hubo de ser reducida la altura del monumento para poder darle cabida. Su base, que tiene la forma de una cruz, necesitará una plataforma de 30 piés de diámetro. Al trasladar el mausoleo al faro, será reinstalado en sus proporciones originales. Dos parejas de leones recostados coronan sendas columnas octogonales de escasa altura en que terminan arcos flotantes en dos direcciones, y dos pares de mamparas góticas, sostenidas por robustas columnas redondas, se extienden a igual distancia en las otras dos direcciones. Actualmente es imposible admirar en toda su belleza este espléndido monumento debido a su desventajosa ubicación.

Tercera Parte

REGLAS QUE GOBERNARÁN LAS DOS ETAPAS DEL CONCURSO

1. *Asociaciones y Compañías:*

DONDE quiera que se empleen las palabras "Arquitecto" o "Competidor" en este Programa y Reglamento, queda entendido que ellas se aplican, ya sea a un indivíduo o a una firma, ya sea a una asociación de Arquitectos, o a un Arquitecto o Arquitectos asociados con un Escultor o un Ingeniero. Si se trata de una asociación o compañía, el hecho deberá ser declarado al momento de hacer la inscripción, debiendo la asociación o compañía continuar como tal hasta el término del empleo, en el caso de ser empleada.

2. *Convenio:*

Este Programa y Reglamento constituye un Convenio entre la Unión Panamericana por una parte y cada competidor por la otra, al cual el Arquitecto presta asentimiento por el hecho de presentar un proyecto al concurso.

3. *La Unión Panamericana será la Primera Parte:*

La Unión Panamericana es la organización y oficina internacional mantenida en Washington, D. C., por las veintiuna repúblicas americanas. Es administrada por un Director General y un Subdirector. Ha mantenido una oficina permanente y un cuerpo de expertos internacionales, estadistas, especialistas en comercio, traductores y otros empleados por más de un cuarto de siglo. Dedica sus esfuerzos a la paz, buena inteligencia y amistosas relaciones entre los pueblos de las Américas. Ella será la Primera Parte.

4. *El Arquitecto:*

En toda materia relacionada con el Faro de Colón, la Unión Panamericana será designada como la Primera Parte. El competidor favorecido será designado como el Arquitecto, o la Segunda Parte.

5. *Inscripción:*

Se ha distribuido una invitación a competir a los Arquitectos de todo el mundo. Ingenieros, Escultores y otros que puedan tener interés en competir, quedan notificados de que este es un problema de arquitectura, y se les recomienda, por lo tanto, asociarse con un arquitecto.

Al solicitar un ejemplar del Programa y Reglamento, los interesados en la competencia deberán registrar formalmente sus nombres y direcciones, indicando edad, preparación y experiencia. Declarar igualmente si, en el caso de salir favorecidos, llevarán a cabo la obra individualmente o en sociedad.

6. *En Deferencia a todas las Naciones:*

Tomando en cuenta que la concepción de la arquitectura moderna no es siempre la misma en cada país, y considerando que la forma de presentar proyectos arquitectónicos varía también de un país a otro, este concurso internacional será llevado a cabo en dos etapas, no solamente con el objeto de dar mayor libertad a cada competidor en el primer concurso sino también, y principalmente, con el fin de obtener diseños libres de mayor originalidad y fuerza, sin importar la forma en que sean presentados.

7. *Dos Concursos:*

Habrá, por consiguiente, dos concursos. El primero (en el cual deberán participar todos los competidores) está abierto a todos los arquitectos del mundo. Se llevará a cabo de acuerdo con los términos de este Programa y Reglamento.

8. *El Primer Concurso:*

Los autores de los diez proyectos colocados en primer lugar en el concurso preliminar, (todos serán designados como primeros y ninguno será considerado inferior a los otros) competirán nuevamente en una fecha futura, de acuerdo con las bases de un nuevo programa que será mucho más rígido.

9. *El Segundo Concurso:*

El Programa y Reglamento del Segundo Concurso será redactado por la Comisión Permanente del Faro de Colón, de la Unión Panamericana, teniendo en vista las bases que serán sugeridas por el Consejero Técnico después de cambiar ideas con los miembros del Jurado Internacional. Este segundo Programa y Reglamento exigirá que todos los dibujos sean presentados en

una manera uniforme, estableciendo condiciones estrictas en cuanto al costo, dimensiones, disposición general, estilo y desarrollo del Parque Panamericano en el cual se levantará el Faro.

El segundo Programa contendrá igualmente especificaciones exactas de las condiciones del contrato que habrá de celebrarse entre la Primera Parte y el Arquitecto.

10. *Primeros Pagos:*

Los autores de los diez proyectos colocados en primer lugar en la competencia preliminar recibirán cada uno dos mil dólares, por intermedio de la Unión Panamericana, dentro de los treinta días siguientes a la asignación de los premios. Además de estos premios, se asignarán diez menciones honrosas con quinientos dólares cada una.

11. *Pagos a los Vencedores en el Segundo Concurso:*

Además de los premios de dos mil dólares, el autor del proyecto que ocupe el primer lugar en el segundo concurso recibirá diez mil dólares y será declarado Arquitecto del Faro de Colón; se pagará, además, siete mil quinientos dólares al autor del proyecto que ocupe el segundo lugar; cinco mil dólares al que ocupe el tercer lugar; dos mil quinientos al del cuarto y un mil a cada uno de los otros seis competidores. Estos pagos serán hechos por intermedio de la Unión Panamericana, dentro de treinta días contados desde la fecha en que el Jurado Internacional haya adjudicado los premios finales.

12. *Eventualidades:*

En el caso de que el Arquitecto favorecido fuera joven y sin experiencia, la Unión Panamericana se reserva el derecho de hacerlo asociar con un profesional de más edad y experiencia, y además, si por algún otro motivo la Unión Panamericana considerara conveniente desligarse del Arquitecto favorecido, después de haberle asignado el premio, y antes de haber procedido a iniciar los trabajos, podrá hacerlo previo pago de quince mil dólares adicionales al Arquitecto premiado. O si por algún motivo imprevisto fuera imposible proceder a la ejecución de la obra dentro de los cinco años siguientes a la asignación de los premios, la Unión Panamericana le pagará quince mil dólares sobre el valor de sus premios, como compensación final y definitiva. Si la obra se llevara a cabo posteriormente, y en el caso de que dicho Arquitecto fuera retenido, este total de $27,000 (veintisiete mil dólares) será aplicado a pago parcial a cuenta de sus honorarios.

13. *Terminación de los Servicios o Retiro del Arquitecto de la Obra:*

La Comisión Permanente del Faro de Colón, del Consejo Directivo de la Union Panamericana, se reserva el derecho de poner término, en cualquier tiempo y por causa justificada, a los servicios del Arquitecto que sea elegido. De la misma manera, el Arquitecto elegido podrá retirarse de la obra en cualquier tiempo. En el caso de tal terminación de servicios o retiro, o en el caso de fallecimiento del Arquitecto antes de la terminación del trabajo, el Arquitecto o sus herederos recibirán el porcentaje de los honorarios que justamente les corresponda.

14. *Honorarios que se pagarán al Arquitecto:*

El Arquitecto recibirá 6% del primer millón, 5% del segundo y 4% del excedente sobre dos millones de dólares. Es decir, que al considerar cada parcialidad se incluye la parcialidad o parcialidades precedentes. En esta forma, los honorarios del Arquitecto, en el caso de que el Faro y sus agregados costaran $3,000,000, serían $60,000, más $50,000, más $40,000. Mientras las dos primeras partidas permanecerían constantes, si el costo de la obra excediera de $2,000,000, la última partida sería formada, en este caso, por el 4% del excedente de $2,000,000. Se destinará, además, una suma aparte para los gastos de viaje, supervigilancia y servicios técnicos que autorice la Comisión Permanente, de acuerdo con el Consejero Técnico, después que este último haya discutido el punto con los miembros del Jurado Internacional.

15. *El Jurado Internacional—Cómo y Cuándo será Elegido:*

El Jurado Internacional será elegido por los competidores, y, si es posible, los mismos arquitectos compondrán los dos jurados; sin embargo, si a alguno o a todos les fuera imposible actuar por segunda vez, el substituto o los substitutos serán elegidos de tres listas de candidatos propuestos también por los competidores.

En las dos competencias, y en el caso que el Jurado Internacional lo solicite, el Consejero Técnico podrá ser llamado a asesorar al Jurado en calidad de consejero, pero sin derecho a voto.

Los miembros votantes del Jurado Internacional, uno de Europa, uno de la América Latina y uno de Norte América, serán elegidos en la forma siguiente: El Consejero Técnico enviará una circular a todos los competidores debidamente inscritos, pidiendo a cada uno le envíe, sin pérdida de tiempo, tres listas de no más de diez nombres cada una, seleccionados de

entre los arquitectos de Europa, América Latina (las repúblicas de Sud América, Centro América, México y las Indias Occidentales) y Norte América, de entre los cuales desearían fuera elegido el Jurado Internacional. El Consejero Técnico reunirá y contará todos los nombres así escogidos y los someterá a la Comisión Permanente, la cual preparará entonces las tres listas finales, tomando en consideración los nombres que hayan recibido el mayor número de votos. Hecho esto, la Comisión Permanente pedirá al Consejero Técnico que someta estas tres listas a cada competidor, pidiéndoles que de entre estos nombres elijan los miembros del Jurado Internacional y cinco alternativas de cada grupo.

16. *Lugares donde se reunirá el Jurado Internacional:*

El Jurado Internacional se reunirá en Madrid, España, para su primer fallo, y en alguna ciudad de la América Latina, que será elegida por la Comisión Permanente, para el segundo.

17. *Deberes del Jurado Internacional:*

Cada miembro del Jurado, una vez que haya aceptado su designación, recibirá un ejemplar de este Programa y Reglamento, como también copias de todos los boletines que se publiquen.

Los deberes del Jurado son:

1°. Estudiar todos los antecedentes y datos contenidos en este Programa y Reglamento y demás documentos transmitidos a los competidores;

2°. Reunirse con el Consejero Técnico en Madrid, en una fecha determinada, y en una ciudad de la América Latina en otra fecha dada, para examinar los proyectos, adjudicar los premios y redactar un informe dando a conocer las razones de sus decisiones;

3°. Permanecer en Madrid y en la ciudad de la América Latina aludida hasta que ambos informes hayan sido terminados, firmados por los tres miembros del Jurado y despachados al Director General de la Unión Panamericana; y permanecer en Madrid hasta que el Consejero Técnico haya recibido un memorándum firmado por los tres Jueces, proponiendo ideas para la redacción del segundo programa, y aconsejar en cuanto al empleo de un superintendente, ingenieros, y la apropiada compensación de sus servicios

18. *Exhibiciones Locales y Ambulantes:*

Una vez que el Jurado Internacional haya adjudicado los premios, se

abrirá oficialmente al público una exhibición de los proyectos presentados en el primer concurso.

Probablemente se organizará también una exposición ambulante de los proyectos premiados y de otros cuya exhibición pueda considerarse deseable, y se notifica, por lo tanto, a todos los competidores, que sus dibujos podrán ser utilizados para el caso. Los dibujos destinados a la exposición ambulante serán asegurados en nombre de sus autores por la Unión Panamericana, y se tomarán fotografías de cada uno. Una colección de fotografías de cada grupo que participe en la exposición ambulante será enviada a su autor, antes que estos salgan de Madrid para recorrer posiblemente Europa, Norte y Sud América, según lo decida oportunamente la Comisión Permanente.

19. *Reproducción de Diseños:*

Dos dibujos, o más, de cada uno de los diez grupos de diseños premiados en la primera competencia serán reproducidos en el programa para la segunda competencia, juntamente con el informe en que el Jurado Internacional exponga las razones que ha tenido en cuenta para adjudicar los premios; posiblemente se publicarán también algunos dibujos de proyectos no premiados. Al pie de cada diseño aparecerán el nombre y nacionalidad de su autor.

Será permitido a los representantes de la Prensa reproducir los dibujos de ambas exposiciones que deseen publicar, dando el crédito acostumbrado a autores y mencionando sus respectivas nacionalidades.

20. *Empleo de Partes de Diseños no Premiados:*

Siendo el objeto de efectuar el concurso en dos partes el obtener del primero ideas que gobiernen el programa para el segundo, se notifica a todos los competidores que el Jurado podrá apropiarse, o recomendar como particularmente apropiadas, algunas ideas o detalles originales de proyectos no premiados, en cuyo caso el segundo programa acreditará debidamente el hecho, pero no se pagará nada por el uso de tales ideas o detalles.

21. *Fechas de los Concursos:*

El primer concurso se abrirá el 1°. de Setiembre de 1928, recibiéndose los dibujos en Madrid, España, solamente hasta el 1°. de Abril de 1929. El segundo concurso empezará tan pronto como se termine la preparación y distribución del segundo programa.

22. *Anonimidad de los Dibujos:*

Los dibujos sometidos al concurso no deberán llevar nombre ni señal alguna que pueda servir para identificarlos, ni deberá aparecer tal nombre o señales en la descripción del proyecto o en la envoltura de los dibujos. Con cada grupo de dibujos deberá enviarse un sobre opaco sellado, sin inscripción ni marca alguna exterior, conteniendo el nombre y la dirección del competidor. También deberá acompañar, prendida a alguno de los dibujos, y escrita a máquina, una descripción sucinta del proyecto en español, francés o inglés.

23. *Descripción de los Proyectos:*

La descripción de los proyectos deberá ser breve y habrá de concretarse a resumir los puntos que no se puedan deducir del estudio de los dibujos mismos, como por ejemplo, un bosquejo del motivo escultórico, los materiales que han de emplearse, proyecto de iluminación, costo probable, etc. El competidor deberá exponer en líneas generales su concepción, explicando en qué forma ha tratado de dar al faro poder atractivo—es decir, por qué ha de llamar la atención del observador a distancia. Al Arquitecto corresponde la concepción del tema y su ennoblecimiento; a los demás artistas, la sola ejecución de sus ideas.

Si bien se espera la creación de algo peculiarmente original y espléndido, deberá tenerse presente que será tomada en cuenta tanto la manera de expresión como el motivo que la inspira. Se desea originalidad, pero templada con habilidad, inteligencia y discreción.

24. *Modo de Empaquetar y Enviar los Dibujos:*

En vista de lo difícil y costoso que es trasportar grandes dibujos montados en marcos, estos deberán ser montados en tela y de tamaño uniforme, arrollados sobre un cilindro de no menos de 9 pulgadas de diámetro (23 centímetros). Deberán ser cuidadosamente protegidos con una cubierta interior y una envoltura exterior de papel impermeable grueso, y cada uno atado separadamente. La única marca será la dirección, que se escribirá con letras de imprenta grandes en la cubierta exterior, como sigue:

"DIBUJOS PARA EL CONCURSO DEL MONUMENTO A COLÓN

Al cuidado de Albert Kelsey, Consejero Técnico; al cuidado de Vda. de Angel Macarron, Jovellanos 2, Madrid, España." Además, en la cubierta exterior, deberá pegarse un membrete especial, que será enviado a cada competidor, y que facilitará su paso por la aduana.

Los paquetes deberán ser recibidos en la forma descrita, por expreso o con flete pagado, no más tarde que las 12 del medio-día del 1°. de Abril de 1929.

Cada competidor deberá entenderse con la Vda. de Ángel Macarron para la segura devolución de sus dibujos.

25. *Contestación a Preguntas:*

En vista de la gran distancia entre la oficina del Consejero Técnico y las oficinas de los diversos competidores repartidos en todo el mundo, y la falta de tiempo para contestar preguntas, estas deberán ser recibidas por el Consejero Técnico antes de y hasta el 1°. de Diciembre de 1928. Las preguntas recibidas serán agrupadas en diferentes categorías, y las respuestas a cada categoría serán publicadas en uno o más boletines, de los que se enviará una copia a cada competidor en cuanto se impriman. Ninguna carta recibida después del 1°. de Diciembre de 1928 será contestada, ni se dará a ningún competidor otros datos que los contenidos en los boletines y en el presente Programa y Reglamento.

26. *Por Quién estará Representada la Unión Panamericana:*

En todas sus relaciones con los competidores en asuntos concernientes a la ejecución de cualquiera parte del presente Programa y Reglamento, del segundo Programa y Reglamento, como asímismo en lo relacionado con el empleo del Arquitecto favorecido, la Unión Panamericana estará representada por su Comisión Permanente del Faro de Colón. Toda comunicación deberá ser dirigida a Albert Kelsey, Consejero Técnico, Unión Panamericana, Washington, D. C., Estados Unidos de América.

BIBLIOTECA NACIONAL R. D.

Libro Segundo

IMPRESIONES Y OBSERVACIONES DE UN ARQUITECTO

después de haber visitado la

República Dominicana

RELATIVAS A ASPECTOS MENOS OBVIOS PERO MÁS PERMANENTES DE SU PASADO, SU PRESENTE Y SU FUTURO Y, SOBRE TODO, A LA MARAVILLA, EL ROMANCE Y LA GLORIA DEL

CARIBE

Comprendiendo apreciaciones sobre la

CULTURA LATINO AMERICANA CONTEMPORÁNEA

GENERAL HORACIO VÁZQUEZ
Presidente de la República Dominicana

Quien ha apoyado tan calurosamente el proyecto del faro monumental a la memoria del Insigne Navegante.

I

PRIMERAS IMPRESIONES DESDE TRES PUNTOS DE VISTA DIFERENTES

LAS siguientes impresiones están dedicadas a un grupo especial, y con ellas se desea conseguir que otros arquitectos vean y sientan lo que el Consejero vió y sintió durante su visita a Santo Domingo. Su propósito es, pues, despertar un sentido de localidad y clima, de historia y vida, que sirva de ayuda al competidor para interpretar en términos de arquitectura Dominicana moderna, el nacimiento y progreso del Nuevo Mundo.

El Consejero pasó tres semanas y un día estudiando las condiciones locales, mirando primero con la misma avidez con que un pequeñuelo contempla algo nuevo y reluciente, sintiendo en su imaginación infantil la fascinación del colorido—¡el delicioso colorido.!

Lápidas de las Bóvedas en donde se Encontraron los Restos de Cristóbal Colón y de Su Hijo

El colorido y la belleza de la vieja ciudad amurallada, que conserva intacto todo el encanto de ciudad Española, con sus calles angostas y abovedadas, sus numerosas plazas cuajadas de flores que parecen escenas de una ópera arrobadora, palpitantes de vida y alegría, cada una más atractiva que la otra y todas llenas de un embeleso indescriptible . . . . ¡Ah! Verdaderamente he aquí algo que el competidor debería ver si quiere presentar un proyecto digno y adecuado. Porque el reproducir el espíritu del lugar—espíritu que también debería cautivaros — el haceros sentir su encanto seductor—eso, ¡ Ay! está fuera de nuestro alcance. Sólo la música podría conseguirlo.

Con nuestros ojos infantiles, como lo vimos por primera vez, y como sinceramente confiamos que podáis verlo, es decir con el deleite infantil que sólo encuentra luz, música, risas, flores y simpatía, y para el cual nada es vulgar ni carece de interés, vamos de aquí para allá, llenos de entusiasmo, preguntándonos si es posible que exista otro lugar tan fascinador y atractivo.

Atisbando a través de las anchas arcadas, cuyas enormes y pesadas puertas tachonadas con grandes clavos, están abiertas de par en par, vemos grupos de mujeres y niños, felices y rientes, retozando y jugando como si la vida no entrañara tediosos deberes, como si los cuidados y las preocupaciones no existieran. Mas he aquí que algunos están trabajando, y en un zaguán del lado opuesto de la calle vemos a una joven madre, más recatada pero muy hermosa, sentada en una silla ordinaria, rodeada de una media docena de chiquitines,

sentados también en sendas rústicas sillitas, cosiendo todos como si el coser fuera un placer. "Habéis visto cosa más graciosa—¡la costura un placer!"— Y en nuestro segundo papel, el de observador adulto, notamos la manera amante, tierna y del todo inconsciente con que la madre los instruye. Su entusiasmo y su imaginación hacen que cada chiquillo vea aventuras y sienta emociones en cada puntada. He allí el verdadero espíritu de la poesía y del romance. Recuerdos del pasado, sueños del porvenir, fantasías infantiles—no sabemos lo que está diciendo, pero sí sabemos que lo dice con aquel encanto lírico que es refinada, cautivadora y deliciosamente Latino. Bajo su inspiración los chiquillos están trabajando con un espíritu de verdadero deleite—como los arquitectos trabajan a veces, cuando no tienen restricciones molestas que impidan la realización de sus sueños. Pero volviendo a nuestro primer papel, el de pequeñuelo, nos detenemos a escuchar una canción y nos preguntamos de dónde viene—"Qué bonito es el canto, ¿verdad?". Deleitados, después de una pausa, continuamos caminando. "Qué angostas son las aceras. ¿Fueron hechas para los niños? ¿A dónde iremos ahora? Oh, ¡vamos a ver qué pasa allá enfrente! . . . Pero no, hace mucho calor para atravesar la calle..". Permanecemos entonces del lado de la sombra y de puntillas nos asomamos por encima del antepecho de piedra, ricamente labrado, de una alta ventana enrejada y miramos dentro de la penumbra de los frescos interiores, con pisos relucientes de baldosas de brillantes colores, a través de los cuales divisamos silenciosos patios inundados con la luz de un sol ardiente, cuyos rayos juguetean con un surtidor de agua cristalina, o brillan sobre el plumaje tornasolado de un papagayo, o caen sobre un juguete extraño y tosco, tornándolo—¡maravilla de maravillas!—en oro puro. O más allá (porque seguramente se perdonará a un chiquillo el espiar dentro de la intimidad de más de una casa de una ciudad tropical) una claridad ilusoria tras la media luz de la espaciosa sala con su techo de vigas pintadas y sus muebles de bejuco, hace resaltar el encanto de una flor solitaria que parece asomarse tímidamente por las persianas, ligeramente entreabiertas para dar paso a una poca de más brisa de la que puede penetrar por entre las tablillas y agregar de este modo un poco de alegría a una vida que se desliza siempre en la sombra entre corrientes de aire mañosamente atrapadas, siempre detrás de ventanas fuertemente enrejadas y, en la noche, detrás de enormes puertas gruesas, macizas e inexpugnables. "Qué extraño que en donde todo es tan tranquilo y apacible existan estas verdaderas fortalezas" . . . "¿Por qué?" se pregunta el pequeñuelo cuya ingénua imaginación no puede explicarse cómo las altas ventanas y los zaguanes descomunales se abren tan directamente sobre las somnolientas y angostas callejuelas. "¿Para qué tienen esas viejas puertas tan macizas, llenas de bolas de hierro, demasiado grandes para ser clavos?" . . . ¡Todo es tan bello.! Pero nada tan atractivo como los llamativos plumeros que a veces ponen sobre los grandes, relucientes y lujosos automóviles que se deslizan tan silenciosamente pero que parecen demasiado desproporcionados para las angostas y viejas calles y demasiado ruidosos cuando suenan su bocina en las esquinas. "¿Para qué hacen sonar la bocina . . ?"

Y no obstante ser todo tan bello y fascinador, la maravilla que más nos cautiva —¡sí! más aún que la voz llena de añoranza que canta una canción dulcísima en un segundo piso—"¡Oíd, es una voz de niño!" —y nos preguntamos si viene de la casa amarilla o de la azul—¡sí! todavía más que el melancólico plañir de una guitarra detrás de un muro cubierto de flores, nos cautivan los dulces. "¿Qué no os gustan

los dulces?" . . . El dulcero los lleva sobre la cabeza en una tabla cubierta con un mosquitero de alambre que parece una jaula, dentro de la cual vemos los dulces cuyos colores brillantes los hacen vivir como animalillos de un cuento de hadas. "¡He allí ese color cereza que está cantando; y aquél rosa que ronronea como gato perezoso; y los amarillos que aúllan! ¿qué no oís los gruñidos de esos verdes?" . . . Todos tan reales, tan vívidos que arrancan a los niños exclamaciones de asombro y de placer. ¿Y qué decir del refresquero? Despertando casi la misma avidez, viene el simpático refresquero empujando su burdo y tosco carrito, que él mismo ha construido, chillonamente pintado y que esconde sorpresas y éxtasis que sólo un chiquillo de tres años puede apreciar. "Mirad, está anunciándose con su cornetita. ¡Cómo le quieren los niños! . . "

He aquí cómo el Consejero vió todo minuciosamente por primera vez, a la manera de un chicuelo, en pequeños e íntimos detalles.

Después, en un segundo aspecto o, si queréis, en su segundo papel, en automóvil, bote-motor y a caballo, vió la histórica ciudad y sus lujosos suburbios, comparando como hombre maduro el pasado con el presente, considerando todo desde el punto de vista del progreso moderno. Vio las mejoras del puerto, ejecutadas y contratadas—pero no es ésta la ocasión para describir cosas prosaicas y prácticas como son las obras de ingeniería y los contratos de construcción. En este suplemento, no obstante que recordamos todo a la manera de un hombre de negocios que hace una revista con fines comerciales, solamente tenemos espacio para describir aquéllo que es poco común y típico; porque como quiera que todos vosotros estáis al tanto de los diversos aspectos del desarrollo de una ciudad moderna, leeréis estas líneas sólo para formaros una perspectiva de todas las cosas que son peculiares de Santo Domingo. Y podemos asegurar que hay una belleza y un encanto indescriptibles en la parte amurallada de esa pequeña ciudad incomparable. Es algo diferente de lo que se observa en otras viejas ciudades amuralladas del antiguo Caribe Español, aunque todas tienen un sello inconfundible que las señala como hijas o nietas de la gran nación Española.—Pero, volviendo al punto, el Consejero consideró las mejoras del puerto, ejecutadas y contratadas, como una gran unidad; como una segunda gran unidad, la ciudad fuera de las murallas y los nuevos barrios del bello distrito de San Gerónimo, con sus modernas residencias, espaciosas y bien ventiladas, rodeadas por amplias verandas que dan frente al Caribe por un lado y por el otro a una avenida moderna, ancha y suave que envidiarían muchos lugares de la Riviera en Francia e Italia; y, la vieja ciudad amurallada, con toda su historia y su romance, como una tercera gran unidad.

Finalmente, en su tercer papel, como Gulliver en Lilliput, o como el moderno hombre-pájaro está aprendiendo a ver, porque el panorama es demasiado extenso para abarcarse a simple vista, vió desde un aeroplano un escenario mucho mayor en el cual el rojizo suelo del sur se une con el gris del interior y éste, a su vez, se torna en el humus fértil y negro de los distritos del norte. En una palabra, desde el aire pudo ver el país como un todo, con el azul Atlántico sin límites alejándose de San Felipe de Puerto Plata hacia las costas de Norte América y el inmenso Caribe que se aleja de Santo Domingo hacia la América del Sur. Y durante el vuelo se imaginó ver sobre todo esto una amplia avenida etérea uniendo dos continentes—la avenida gloriosa del futuro—que se extiende desde Montreal hasta Buenos Aires como un rosario inmenso cuyas cuentas, además de estas dos ciuda-

des, serían Santo Domingo, Caracas, Pará, Río de Janeiro y Montevideo—avenida celeste que parecía contener la verdadera esencia del problema del Faro de Colón. Y al consultar su mapa encontró que la ruta más directa de Nueva York a la América del Sur y viceversa pasa precisamente por el lugar que contemplaba desde las alturas, de modo que sin duda alguna, el sitio que se escoja para el Faro será la estación intermedia y tal vez, al correr de los años, el primer puerto aéreo del Hemisferio Occidental.

II

EL ESLABÓN INTERMEDIO DE LA CARRETERA AÉREA INTERCONTINENTAL

EL Señor Andrés Pastoriza, activo y competente Ministro de Obras Públicas y Comunicaciones, creyó conveniente, antes de decidir en definitiva sobre el lugar en que debía erigirse nuestro monumento, que el Consejero estudiara desde las alturas todos los sitios que estaban en consideración desde hacía algún tiempo, a fin de examinarlos especialmente en sus relaciones con el tráfico aéreo intercontinental. En tal virtud, se pidió al Consejero que volara sobre la República, emprendiendo todos los viajes que fueran necesarios para poder compenetrarse plenamente del problema.

Aunque deberíamos procurar ser lo más breve posible en nuestra descripción, dado que existe un concepto general tan vago, y a menudo tan erróneo, sobre la progresiva República Dominicana, es deber del Consejero presentar las condiciones tal como son, aún a riesgo de ser prolijo. Además, como hay tantos motivos para cautivar la imaginación del Competidor en esta fascinadora isla montañosa, es menester, si no describir detenidamente, por lo menos mencionar todas estas fuentes de inspiración. Finalmente, cuando el problema es único, como incuestionablemente lo es éste, es positivamente esencial informar al competidor sobre muchos factores que tal vez serían del todo secundarios y poco importantes si se tratara de una construcción ordinaria, como por ejemplo una terminal de ferrocarril, al final de varios centenares de millas de vías definitivamente trazadas y colocadas. Mas en este caso debemos considerar caminos aéreos intangibles, de miles de millas de longitud, que deben ser mucho más directos que los carriles ondulantes de acero. Por lo tanto, es imposible que seamos breves, ya que debemos tener en cuenta el cielo mismo y cada uno de los picos de las montañas, porque, en día no lejano, la vía troncal aérea que atraviese la isla, deberá estar marcada e iluminada sistemáticamente; y aún en estos momentos, las condiciones atmosféricas son factores de importancia para la solución del problema presente.

Pero basta de explicaciones. Obedeciendo las instrucciones recibidas, los cuatro lugares en cuestión fueron estudiados y observados debidamente, habiéndose escogido el indicado en el diseño que aparece en la página—por las siguientes razones: Primera, por ser el lugar desde donde el faro puede servir mejor al tráfico tanto marítimo como aéreo; segunda, porque estando situado, como está, en la desembocadura de un río, puede ser localizado con toda facilidad desde el aire, con sólo seguir el curso de aquél; y, finalmente, porque teniendo en cuenta que el faro va a ser, primordialmente, un monumento, es en este lugar en donde podrá ser admirado mejor y visitado con más facilidad por mayor número de personas.

Dejando el suelo húmedo y frío, a poco de despuntar el alba, como una ave que sacude el rocío de sus alas, nuestro avión

se elevó grácilmente en la atmósfera plácida y ténuemente nebulosa, y pasando sobre el sitio que Consejero secretamente había ya decidido recomendar, enderezó su ruta hacia el norte, siguiendo el curso del Ozama. Bien pronto nos sorprendimos al ver los numerosos riachuelos que cruzan la isla y lo perfectas que son las carreteras nacionales. La temperatura era deliciosamente fresca. La tierra, verde, rica y variada, se veía salpicada aquí y allá con las manchas rojas de frondosos flamboyanes; grandes grupos de palmeras sombreaban las sabanas; varias casitas se alineaban a la orilla de los caminos o formaban grupos en los cruceros; y aquí y allá, algunos rebaños salían de los corrales en donde habían pasado la noche, y se encaminaban perezosamente a pastar.

Entrada a la Vieja Fortaleza Construida por Carlos III

Cruzamos dos cordilleras, abruptas y poco pobladas, la primera con numerosos picos y crestas, descendiendo ambas en suaves pendientes hacia un valle aprisionado entre las dos. De vez en cuando el piloto paraba el motor con objeto de poder hacerse oír cuando señalaba algún lugar especial o explicaba la importancia o las ventajas de alguna ruta aérea. Bien pronto llegamos a la segunda cordillera, atravesando un valle tras otro, unas veces a nivel y otras más abajo de los encrespados montes, que aparecían de un color azul negrusco en el lado de la sombra, y cromoso amarillento en el otro, iluminado intermitentemente por los rayos horizontales de un bello sol naciente. El panorama se tornaba cada vez más salvaje. De tarde en tarde divisábamos una solitaria choza de hojas de palmera con su horno al aire libre, construído invariablemente sobre un cono pequeño o sobre algún montículo del terreno para evitar que la lluvia inunde su piso de barro. Notamos algo indescriptiblemente desierto y solitario en esa región, que se acentuó cuando alcanzamos a ver a una mujer pobremente vestida de gris, que ascendía trabajosamente por una vereda tosca y empinada, abrumada bajo el peso de dos grandes cubos de agua. Un manto de tristeza parecía envolverla. Soledad y melancolía predominaban entre los pliegues formados por esa interminable cadena de montañas cubiertas de niebla.

Sobre las desoladas y lúgubres altiplanicies reinaba un silencio sepulcral, roto sólo por el ruido de nuestra hélice.

De modo que, después de todo, existía un aspecto triste en la vida riente de Santo Domingo. Estas chozas, todas construidas sobre zancos, y esa cansada mujer bajo su pesada carga, nos hicieron meditar profundamente. Sin detener su ascenso, la campesina levantó su vista hacia nuestro pájaro mecánico. Con asombro o con terror? Forzada a pasar su vida sobre un risco descubierto para evitar que su choza sea enterrada por un derrumbe de la montaña o arrastrada por la vorágine de un torrente enfurecido, nos imaginamos cómo ella y su hombre deben pasar en vela las noches de tormenta, preguntándose si sus vidas, siempre temerosas y

vacilantes y vacías, valen la pena vivirse; preguntándose, furtivamente, si el próximo golpe del vendaval no los arrastrará hacia una muerte segura entre los escombros de su endeble choza; acariciando la esperanza de que el bondadoso Don Horacio, con la omnipotencia que sus almas sencillas le atribuyen, venga a calmar la tormenta y a salvarlos, para que en el próximo día de fiesta puedan nuevamente adornar su choza, por dentro y por fuera, con alegres y vistosas cadenas de papel de colores.

Proseguimos nuestro vuelo sobre la fertilidad abundante de los trópicos, y al encontrarnos encima de las elevadas cordilleras de Cibao, cruzamos un cráter cuyas orillas estaban cubiertas por frondosos árboles de caoba, y que se asemejaba a un pequeño nido verdoso, tapizado de suave musgo—diminuto nido que, desde las alturas, parecía poder ser cubierto por una de nuestras alas, aunque debe haber tenido, en realidad, más de una milla de diámetro; y de pronto olvidamos a los tristes peones cuyas chozas acababan de perderse tras un recodo de la sierra, al contemplar en lontananza los grandes bosques de pinos que constituyen un justo orgullo de los Dominicanos.

Región salvaje y exhuberante que sólo espera la explotación y el cultivo para enriquecer a una considerable población de inmigrantes.

El ambiente era gris y frío cuando pasamos sobre esas montañas cubiertas de bosques—sobre esos valles y colinas anónimos, de fertilidad fantástica, que bien pronto tendrán nombres musicales que sólo los Latinos saben dar.

Siguiendo nuestro curso, atravesamos ténues girones de nubes blancas; y de improviso volamos paralelamente a una enorme nube negra, feroz y aterradora. Su aspecto amenazador nos hizo aflojar, amedrentados, la mano que se aferraba a la orilla del avión, bastando una fracción de segundo para que nuestro lápiz se precipitara en el vacío. ¡Pero qué importa perder un lápiz! Nuestros apuntes que parecían garabatos indescifrables, era ahora de importancia secundaria, porque estábamos demasiado aprehensivos para continuar escribiendo y sólo teníamos tiempo para espiar las erizadas crestas de la sierra, demasiado cercanas ahora para asemejarse a diminutos y suaves nidos.

Por todos lados nos rodeaban los picos y las crestas, los más lejanos perfilándose vagamente en la distancia. A intervalos distinguíamos entre los riscos alguna aldehuela montañesa.

De pronto, al dejar atrás la sierra de Monte Christi, pasando por entre dos elevados picachos, contemplamos en visión celeste e inolvidable, toda la gloria de tierra y mar. Nuestra nave aérea entra de lleno en la luz del sol, zurca las fértiles llanuras del norte, vuela cerca de Isabel de Torres, el inconfundible promontorio que tantas veces doblara Colón y que ahora va a servir nuevamente de guía a los modernos argonautas del espacio; y meciéndose sobre la brillante arena y sobre los espumosos rizos de las olas que vienen a quebrarse en la playa, se interna mar adentro sobre el océano tropical de color azul lechoso, limitado en un extremo por una refulgente línea amarillo-verdosa y en el otro por una larga banda índigo opaco que forma el horizonte del norte.

Y figurándonos estar acostumbrados a las distancias astronómicas, después de flotar suavemente en la atmósfera del Atlántico, viramos completamente nuestro avión, encaminando su curso hacia tierra firme e imaginándonos que empezábamos a disminuir nuestra vertiginosa velocidad al aproximarse el fin de la primera etapa del viaje aéreo de Nueva York a Sud-América. En esta forma pasamos sobre la bahía circular de San Felipe de Puerto Plata, la cual, desde las alturas, parecía una enorme turquesa

BIBLIOTECA NACIONAL

engastada en las rocas de la costa.

Nos internamos nuevamente sobre la isla, tomando el mismo camino que acabábamos de recorrer, volando sobre las dos cordilleras, sobre el fértil valle del norte y sobre la vertiente meridional de la República, torciendo ligeramente nuestro curso para pasar sobre los campos de golf, las casas modernas a la orilla de la playa, la plaza de toros, la Catedral y la Plaza de Colón, internándonos mar adentro sobre el Caribe. De pronto, y sin consultarnos, nuestro archi-loco piloto (quien, en honor a la verdad, era un individuo en extremo agradable) ejecutó una pirueta: parando el motor, precipitó el avión verticalmente hacia un vapor que acababa de anclar fuera de la costa, y mientras vibraban los tensos cables de acero de las alas, el desventurado Consejero, semi-asfixiado, sintió el estómago muy cerca de los talones. Al llegar a nivel con las puntas de los grandes mástiles, los pasajeros y los marineros nos saludaron con gritos de entusiasmo, y los meseros, más reservados, agitaron sus servilletas.

Ruinas de una Iglesia Cristiana de Estilo Musulmán Construida por Colón

Antes de que tuviéramos tiempo para pensar, nuestro avión se había remontado nuevamente en el aire y volaba suavemente sobre el lugar que ha sido adoptado oficialmente para el gran puerto aéreo Panamericano, en donde pudimos distinguir a un muchacho a caballo y a un chino en cuclillas, sacando agua de un pozo para regar un pequeño huerto. Una vez más nos imaginamos llegar a Santo Domingo después de un largo vuelo, esta vez desde Venezuela, de la misma manera que en un futuro no lejano, numerosos aviones arribarán diariamente, procedentes de Venezuela y otros puntos al sur, sureste y suroeste.

Al volver a tierra firme, habíamos recorrido dos veces la sección Dominicana de la gran línea troncal aérea que une la América del Norte con la del Sur.

Tantas cosas nos impresionaron durante nuestro vuelo, que no sabemos por dónde empezar ni qué omitir; bástenos indicar que una de las más importantes fué la increíble fertilidad de la Vega Real, así llamada por Colón, cubierta por ricas plantaciones de café y cacao. Como arquitecto, sin embargo, le fué al Consejero más interesante el mirar desde los aires las calles y plazas de Santiago de los Caballeros, de la pequeña y aristocrática Moca y de Concepción de la Vega; y aún más interesante el pasar sobre el Santo Cerro, visitado por Colón en 1495, en donde se dice tuvo lugar un afortunado milagro que salvó al Descubridor de una muerte segura a manos de los indios desnudos; y donde, como muestra de gratitud, Colón levantó una gran cruz, uno de cuyos fragmentos se conserva en la Catedral de la Capital Dominicana. Años más tarde, sobre esta colina sagrada que hasta la fecha es un famoso lugar de peregrinaciones, se construyó una iglesia de sólidos contrafuertes, la cual pudimos distinguir desde el aire con toda claridad.

Empleamos cuatro horas y media para completar el viaje redondo por el aire, en tanto que, algunos días después, en automóvil y a una velocidad media de cuarenta millas por hora (sobre las magníficas carreteras de que se enorgullecería cualquier nación) necesitamos trece horas para recorrer solamente las tres cuartas partes del camino; de este tiempo, sin embargo, debemos deducir dos horas que se emplearon en visitar una Iglesia Arabesca y las ruinas de una fortaleza, construidas ambas bajo la dirección personal de Cristóbal Colón.

Vista desde las alturas, como la vimos por segunda vez la mañana de nuestro vuelo, esta porción de la costa del Caribe, formada por la ciudad de Santo Domingo y por el lugar boscoso en la margen opuesta del Ozama, no tiene nada de impresionante; porque desde los aires la tierra aparece mucho más baja y plana de lo que es en realidad, ya que ambas costas se levantan diez metros sobre el mar, llegando a elevarse hasta sesenta metros frenta a la orgullosa y pintoresca Capital; aunque la parte más alta de nuestro sitio, el cual, como ya se dijo, abarca una superficie de 2500 acres, alcanza sólo cuarenta metros sobre las aguas.

La vista desde el mar es, sin duda, mucho más imponente que desde el aire, especialmente si se aproxima uno a tierra en una lancha automóvil, frente a los acantilados de coral, los cuales parecen perfilarse a gran altura. Aquí las aguas juguetean y ríen como cuando dieron la bienvenida a Colón. Juguetean y ríen incesantemente al estrellarse contra los rugosos acantilados coralinos o contra la dura roca de alguna escollera, en donde su risa se amplifica en crescendo atronador al elevarse, treinta, cuarenta, cincuenta pies y romperse en una cascada de perlas líquidas. Esta es la vista desde el mar, desde el cual el lugar de erección del Monumento parece muy alto. El Competidor, sin embargo, deberá estudiar el problema como aviador y como marino, recordando que el terreno que circunde el Monumento va a tener más importancia y va a ser visto mejor que ningún otro desde la inauguración del tráfico aéreo.

III

ALGUNOS ELEMENTOS MENOS OBVIOS PERO MÁS PERMANENTES DEL PROBLEMA

COMO probablemente muy pocos han tenido el placer de visitar Santo Domingo—placer por la generosa hospitalidad del pueblo y la belleza de la Isla—es pertinente que el Consejero describa algunas de las características del lugar y que señale algunas de las fuentes de inspiración.

En una de las orillas se levanta la vieja y pintoresca ciudad, en la cual, con excepción de dos ruinas, todo es decididamente pequeño en escala. En la orilla opuesta, y cual gigantesca alfombra verde, salpicada aquí y allá con huertos, cabañas y fuentes, yace una frondosa faja de bosques que avanza hacia el mar hasta un promontorio rocalloso, y se extiende tierra adentro hasta las grandes plantaciones de azúcar. En este lugar se levanta el único edificio que debe tenerse en consideración: las ruinas de la Iglesia del Rosario.

Evidentemente, sería muy fácil construir en un sitio tan extenso, que está separado de la capital sólo por un río angosto, algo que empequeñeciera por completo la bella ciudad. Por lo tanto el competidor deberá considerar si ésto es de desearse o si no sería mejor una transición gradual entre lo antiguo y lo moderno, entre lo diminutivo y lo gigantesco, para lo cual podría quizá sugerir un tratamiento adecuado del problema en forma de algunos anexos en ambas orillas del Ozama, si cree que con ellos se podrían

mejorar tanto el efecto del faro como el futuro crecimiento de la histórica ciudad.

Para el observador casual, en esta perspectiva a vista de pájaro no parece haber nada de notable en ninguna de las orillas. Para un visitante más cuidadoso y conocedor, hay mucho que contemplar y mucho que aprovechar.

En cambio, para el artista instintivo, todo rebosa inspiración.

Y evocando mil visiones y recuerdos, decide diseñar algo fresco, nuevo, épico. Su imaginación se siente entusiasmada con el pensamiento de crear un faro, un parque y un puerto aéreo dignos de vientiuna naciones soberanas, dignos de la grandeza del Descubridor; y al pensar en ello, las ruinas de la Iglesia del Rosario, en una forma o en otra y sin que pueda explicarse claramente el por qué, parecen ser uno de los factores del problema.

Sería inconcebible erigir un monumento banal, un parque diseñado pobremente, un aeródromo raquítico. La fascinación de los trópicos; la historia de las Américas—Colombiana y Precolombiana—la historia misma de Domingo, a quien recuerda como el Santo maestro, iniciador de la devoción del rosario; todo esto intriga al artista y, agregado a las visiones de rutas aéreas convergiendo en este lugar que está destinado a ser un gran empalme internacional, lo hace concebir sueños de maravilla y de gloria.

Asume que los requisitos prácticos (importantes todos por ser los cimientos o el armazón de sus sueños) están ya resueltos; que su mente no tiene necesidad de preocuparse por tener que atender a múltiples requisitos materiales; y que puede entregarse de lleno a considerar el aspecto más emotivo y menos frío o técnico del problema. Para lo cual deja que su mente sutil y sensitiva vague de visión en visión en busca de inspiraciones espirituales; y recordando las creaciones esplendorosas de otros artistas, decide que la suya debe igualarlas, si no superarlas. Trata de recordar las descripciones de las cortes fabulosas de Atahualpa y Moctezuma. Evoca las maravillas y el esplendor del Imperio Hispano-americano; en tanto que el desembarque real e imponente del rey Juan de Portugal, llegando a Río de Janeiro en una barca parecida al famoso Bocentauro, le trae a la memoria las escalinatas de agua y muchas otras bellas entradas de grandes monumentos en otros puertos.

Misterios góticos y majestuosas catedrales; torres Venecianas y tibias noches de ensueño; la imponente Bizancio en el Monte Athos; la elevada Ktub Minar cerca de Delhi; la ultra moderna Exposición de Artes Decorativas de París; la atrevida Catedral de la Sagrada Familia en Barcelona; los escenarios teatrales, simples pero grandemente imponentes de Gordon Craig; las brillantes decoraciones, escenarios y vestidos de Léon Bakst; las fantasías arquitectónicas de Franklin Booth; una por una, todas estas maravillas se precipitan en su imaginación.—"Pero . . . ¡no!"—exclama—"el aliento, el pensamiento central de mi creación debe ser indígena. Mi experiencia y mis conocimientos modernos deben servirme para desarrollar una *partie* que brote del propósito mismo que va a llenar esta creación arquitectónica; que brote del suelo virgen, del mar iridescente."

Por lo tanto, qué cosa más natural, una vez que ya se han satisfecho los requisitos prácticos, que buscar inspiración en el lugar mismo, estudiando lo que se vé en todas direcciones, arriba y abajo; al norte, al este, al sur y al oeste. Qué cosa más natural que empezar explorando las cuevas de los piratas del Caribe Español, los Tres Ojos, los manantiales de agua cristalina escondidos entre el lozano verdor del este, para buscar en ellos sugestiones y ecos, imágenes y escenas fugaces de los

antiguos tiempos heroicos, las cuales fueron reflejadas frecuente y furtivamente en sus brillantes superficies hace cuatro centurias. Y después, ¿por qué no descender, por qué no sumergirse muchas toesas en las aguas del Caribe, a través de las avenidas de arquitectura marina construida de coral, y allí cautivarse con las formas y colores, con los jardines y la vida mágica, rodeada por grandes florestas de algas? Estos milagros de belleza existen aquí y pueden ser estudiados sin dificultad, ya que el acceso a ellos es bien fácil y conveniente. En efecto, cualesquiera de las grutas y cavernas marinas que abundan en este sitio, es una puerta abierta que conduce a las moradas de las sirenas; recordad que el mismo Colón escribía el 8 de enero de 1493, que ese mismo día, al aproximarse al Río de Oro, había visto tres sirenas levantándose sobre las aguas, pero que por su sp ecto un tanto masculino no eran tan bellas como se había asegurado que eran. Con seguridad que sus moradas abandonadas deben aún existir aquí.—Y también, en el suelo arenoso y húmedo, el artista instintivo puede encontrar alguno de los objetos que el Descubridor y sus hombres abandonaron inconscientemente en la playa y que probablemente en nuestros días, deben estar medio escondidos bajo los restos de la malhadada Santa María o bajo la hundida quilla de algún barco pirata.

La Torre del Homenaje de donde Colón fué Enviado a España Cargado de Cadenas

A causa de estas posibilidades, el artista instintivo rehusa buscar su inspiración en aquellos viejos libros empolvados que son ricas minas de inspiración para los arquitectos menos talentosos; y no obstante que en las páginas de muchas obras poco conocidas puede aprender mucho acerca de la arquitectura aborigen Americana, con sus imponentes terrazas, sus exquisitos labrados y brillantes colores, y acerca del esplendor y fuerza de la elocuente arquitectura de los Mayas adoradores de serpientes, resuelve, sin embargo, ir a los museos para estudiar fragmentos auténticos y reproducciones de tamaño natural de aquellas obras que parecen ser las fuentes más apropiadas de inspiración. Museos tales como El Trocadero, en París; el Museo Nacional de México; el Museo de Historia Natural de Nueva York y muchos otros. Y por otra parte, en el Museo Metropolitano de Nueva York, y en casi todos los grandes museos donde se exhiben extensas reproducciones arquitectónicas, sabe que puede encontrar ejemplos de los más bellos trabajos de la Orden Dominicana. Puede acudir, además, a las 9,000 Catedrales e Iglesias construidas por los Españoles en México, muchas de las cuales son más Indias que Españolas, y que muestran muchas rastros de influencias transatlánticas, influencias que el competidor no puede menos que volver y revolver en su mente.

Mas, como ya hemos dicho antes, no obstante ser cosmopolita y culto, el competidor está interesado principalmente en el lugar mismo en donde se erigirá el monumento.

Sentado pensativamente sobre las espumosas aguas, en la orilla del rompeolas de rocas coralinas, divisa al otro lado del río la Torre del Homenaje, sobre la cual ondea ahora la bandera de la República Dominicana. Se imagina mirar a los fornidos Españoles trabajando en la vieja fortaleza, y con los ojos de hace cuatrocientos años ve esa torre como el detalle más saliente de una poderosa fortaleza que guarda el puerto más importante del Nuevo Mundo. Mas a través de sus ojos del siglo veinte, lo vé todo cambiado—todo menos un sólo aspecto. Aspecto, en verdad, muy significativo.

IV

LAS CONDICIONES ATMOSFÉRICAS

SOBRE Santo Domingo brilla un cielo de cambios incesantes y de esplendor inaudito. Es un cielo fantasmagórico que revela maravilla tras maravilla en formas y colores cuya descripción o reproducción están fuera del poder humano. Durante el día, grandes masas de nubes y campos majestuosos de azul—¡y qué azul!, transparente, pálido, verdoso, tornándose hacia el zenit en un azul opaco-obscuro y, algunas veces hacia la diestra o la siniestra, en un azul purpurino—están continuamente disolviéndose y mezclándose, abriéndose y cerrándose sobre escenas nebulosas de belleza fantástica; y por la noche, a intervalos regulares, innumerables paisajes lunares se suceden unos a otros, revelando cada uno regiones etéreas plenas de milagros.

En la luz de los trópicos hay una magia real—una magia divina que transforma todo lo que toca y lo rodea con un aire de expresión romántica. Porque la esencia de esta luz y las ilusiones brillantes y esplendorosas de este cielo único, están siempre pletóricas de belleza, majestad y portento. Para que os convenzáis, volved la vista hacia allá, donde se levanta el imponente Tina a una altura de cerca de 3,600 metros, y veréis la velas multicolores de tres pequeñas y pintorescas carabelas y de una multitud de grandes y majestuosos galeones avanzando serenamente, cual nuevos Argos que se dirigen hacia tierras fabulosas—Argos que nos hacen soñar en los atrevidos conquistadores. ¡Miradlos ahora! Van deslizándose tras un descomunal lingote de oro, ajenos por completo del destino que les aguarda cuando se estrellen uno por uno contra aquella montaña de oro macizo que brilla tan refulgentemente, y los restos del naufragio sean hundidos inexorablemente bajo una avalancha de doblones y pesos de ocho. Y por último, si sois artistas, escuchad los sonidos engañadores de ese naufragio y de ese hundimiento, sin pensar en las almas de los hombres. Oíd el sonido suave, rico e irresistible de esas crueles cascadas de monedas y preguntáos si acaso el retintín que escucháis en este aire vibrante no es tan tentador como el que se escuchó en la atmósfera calurosa de aquellos días en que el Gran Almirante, orgulloso y triunfante, dejó las playas de Hispaniola y se hizo a la vela para ir a informar sobre sus numerosos descubrimientos ante la corte, impaciente y ambiciosa, de Fernando e Isabel.

¡Mirad una vez más! Abarcando la mitad del horizonte se destaca una ciudad amurallada del Caribe Español, baja y tenebrosa, y los picos de sus torres más altas se ven teñidos de nácar. A continuación, y cubriéndola por completo, aparece una grandiosa masa de color de cobre bruñido, ornada con abullonados rosa. Ahora se desvanece y se torna en un gran resplandor aúreo, interrumpido aquí y allá por misteriosos valles violeta y por otros de morado heliotropo, más misteriosos aún que parecen ser como un vistazo del Gran Cañón, con la mitad de

sus acantilados invertidos brillando fugazmente. De repente se divisa una región montañosa, salvaje, de picos negros y afilados coronados con cabezas de monstruos levantadas hacia lo alto—montañas en movimiento y sorprendentemente verticales, cuyos picachos se retuercen y toman formas de animales, bestias negras, provocativos, amenazando con feroces dentelladas a las pequeñas formas, mansas y tímidas, que se mecen por encima de ellas. Después aparece, discreta y gentilmente, un cielo estratificado de aspecto inocente; desprovisto totalmente de carácter, apacible, claro y límpido, en el cual, sin embargo, un observador experimentado percibe al momento los signos inequívocos de una tormenta inminente. De improviso, y sin que se sepa de dónde, aparece una isla de negro azabache, seguida por un continente lívido que al punto cubre los cielos y torna en realidad la amenaza de la tormenta.

Se han ido las nubecillas aborregadas de orillas de plata. Una obscuridad amorfa cubre el zenit. El rey de las nubes blande sus armas de viento y fuego. Las gotas de lluvia se han convertido en torrentes. Relámpagos vívidos y estampidos atronadores se suceden cada vez con más frecuencia uniéndose al estruendo de la tempestad. De repente se desvanece el estrépito de los truenos. Y la lluvia cesa. Súbitamente una abertura desgarra las masas negras y grises y deja ver por un momento un bello estanque de reluciente jade y más allá un lago apacible brillando en el fondo de un valle bañado de sol. El estanque y el lago se derraman sobre sus respectivos bordes y se unen graciosamente; las masas negras y grises desaparecen por completo; y, una vez más, retorna la maravillosa fantasmagoría, llamando al asalto tropas frescas, formas nuevas, combinadas ahora en una cautivadora sinfonía de colores blancos, perlas y plata, con un ritmo tan fascinador como el suave movimiento de los velos nítidos y diáfanos de las Vestales. Nuevamente las nubes se ahuyentan y cae la noche. A través de una ténue niebla plateada se contemplan los Campos Elíseos; y de pronto, ¡mirad!, atravesando ese espacio cuajado de joyas de encanto mágico, a la suave luz de la luna se desliza uno de los nuevos aviones del West Indian Aerial Express, llevando el correo y una media docena de pasajeros.

Todo es tan diferente de los cielos del norte, de las graciosas nubes de la Cote d'Azur, que tanto deleitan a quienes las contemplan; porque los cielos tropicales nunca son tan serenos, ni tan lánguidos y tranquilos como los de la Riviera. El cielo tropical es heroico, sí, Hercúleo, porque aún en los días más claros se ven mantos negros o de un gris sombrío, siempre acechando, listos para ahogar entre sus pliegues a los rosados capullos del espacio, o para obscurecer, si no completamente arrasar, los gloriosos castillos del aire que son mucho más bellos en los trópicos que en cualquiera otra parte. Y en los crepúsculos breves, el resplandor más brillante es, a veces, extinguido con increíble celeridad. La noche cae con un sordo ruido,—aunque más a menudo una puesta de sol, refulgente y cálida, de una verdadera belleza dramática, tórnase rápida y suavemente en la noche que desciende con gracia y dulzura como un manto azul-obscuro de terciopelo intangible, acompañada de una brisa vespertina deliciosamente refrescante. En verdad, deliciosa y refrescante, más que la de cualquiera otra hora en cualquier clima, es la suave caricia de los vientos alisios.

Pero no es menester esperar esa deliciosa brisa de la tarde, porque casi constantemente sopla un ligero viento fresco.

Además, se puede estar siempre fresco, con sólo encontrar un lugar fuera del sol y en una corriente de aire. También la lluvia frecuente que de súbito vierten

aquellas nubes que pasan y repasan sin cesar, trae consigo un agradable cambio de temperatura.

Y ahora llegamos a un aspecto que es importante para el competidor. Sin previo aviso, por decirlo así, de improviso todo se eclipsa parcialmente. A veces el panorama se obscurece con un velo ténue de vapor plateado, y sólo por breves momentos; pero otras veces todo es completamente borrado por una cortina plomiza que durante horas enteras obscurece la vista aún de los objetos más prominentes, mientras se agita fieramente el huracán.

Mas basta ya de condiciones atmosféricas, excepto en aquello que concierne directamente al problema.

Y volviendo ahora a consideraciones meramente prácticas, debemos tener presente que, en la mayoría de los casos, la ardiente bruma desciende entre la ciudad de Santo Domingo y las montañas. ¡Fondo en verdad poco propicio para un faro de color gris, por ejemplo!

Y ya que estamos ahora considerando la arquitectura en sus relaciones con las condiciones atmosféricas, y como otra advertencia para el competidor, aunque esta vez de carácter negativo, se debe recordar cómo los Griegos durante la Edad de Oro de Pericles, refinaron sus construcciones bajas de modo de sacar el mayor provecho posible de las ventajas de una atmósfera de especial fijeza y claridad; como consecuencia de lo cual desarrollaron refinamientos exquisitos, tales como las estrías Dóricas de poca profundidad y las molduras planas y suavemente curvas, todo lo cual sería totalmente ineficaz en un sitio en donde caen con mucha frecuencia violentas lluvias torrenciales.

Las sombras y las imágenes son diferentes—tienen un alcance y un poder mayores. Diferente también es la calidad de la luz—está sobrecargada por decirlo así, con un brillo inconstante. Por lo tanto, la arquitectura del Faro de Colón debe ser, sobre todas las cosas, áspera y fuerte para resistir los huracanes y posibles terremotos, y al mismo tiempo de vivo color para absorber las sombras negras y para que pueda ser visto desde una gran distancia y en todos los cambios atmosféricos. Lo cual, sin embargo, no es razón que impida que el faro no tenga el sello distintivo de la gracia y nobleza Latinas; ni para que no sea algo completamente fresco y nuevo—algo con motivo propio, importante para la civilización moderna y que exprese del todo la esencia más perfecta del Panamericanismo.

V

LA TURBA DEL MERCADO

SE pregunta uno qué fué lo que sintieron las viejas mujeres del mercado cuando la luz deslumbradora de los faros del primer automóvil iluminó sus recuas de caballos y burros que se dirigían al paso hacia el mercado a las dos de la mañana. ¡Qué imagen tan deslumbradora y fugaz debe haber presentado ante sus ojos azorados y furtivos ese reluciente vehículo! Las bellas señoras ataviadas en sus elegantes vestidos de baile y los animados caballeros con sus trajes tropicales de blancura inmaculada que caminaban alegremente en el automóvil deben, seguramente, haberles parecido como seres de otro mundo. Y aún en nuestros días, nos imaginamos que es posible que esas viejas mujeres no sepan por qué tantos lujosos automóviles las ofuscan con su brillante luz a tan temprana hora, ya que el Country Club está muy alejado de la carretera nacional para permitir a las buenas mujeres saber de dónde vienen. En verdad, no sería nada atrevido suponer que, al ir cabeceando milla tras milla, silenciosas y semidormidas, con una pierna cruzada cómodamente sobre la cabeza

de la silla, ni lo saben ni les importa saberlo. Les basta saber que ellas también caminan ahora sobre buenos caminos y que un gran número de asombrosas y benéficas innovaciones se están llevando a cabo en todas partes. Ya se han acostumbrado a ver estos resplandecientes palacios sobre ruedas que se deslizan tan suavemente por las mismas vías que eran tan escabrosas aún para los caballos y los burros hace sólo unos cuantos años. También se dan cuenta vagamente que las comunicaciones rápidas significan ley y orden, al mismo tiempo que placer y prosperidad; y eso es suficiente para ellas.

Mas a pesar de estas ventajas, algunas de ellas suspiran todavía por los tiempos pasados en que nadie iba tan deprisa y se podía cambiar saludos hasta con los más pobres—tiempos en los que muchos humildes peones de algún lugar distante en el interior del país, conocían personal e íntimamente a los miembros de las mejores familias de la ciudad.

Es, naturalmente, muy difícil para la vieja generación el ajustarse a los progresos modernos después de cuatrocientos años de vida sencilla y primitiva, especialmente cuando el cambio ha sido tan repentino; pero no obstante esto, y como un todo, la nación entera está respondiendo admirablemente; y, por ejemplo, si los críticos más exigentes observasen a la clase acomodada que ahora baila y se divierte en el Country Club hasta las dos y tres de la mañana, se verían forzados a admitir que la moderna sociedad Dominicana es sumamente circunspecta y refinada, o, como dicen los Franceses, decididamente *gentile;* sin que jamás se vea a una pareja internarse sola en la obscuridad o pasar el tiempo dentro de alguno de los automóviles detenidos—sin que se escuchen grito alguno de alegría demasiado bulliciosa o carcajadas ruidosas de los que se encuentran en la reluciente cantina abierta de par en par a la noche tropical.

Las fiestas tienen un aspecto Norteamericano, pero su encanto y gracia innatos siguen siendo inconfundiblemente Latinos—refinados, delicados y *chic*. Estamos hablando de las clases altas, porque para el humilde peón la vida casi no ha cambiado. La vieja mujer del mercado pertenece todavía a los días primitivos. Al período en que todavía no existían las mansiones de los suburbios ni mucho menos el Country Club.

Todavía recuerda muy bien cuando se dirigía al mercado por ásperos caminos, rodeada por una obscuridad impenetrable. Y no obstante que mucho le gusta la comodidad del sendero a la vera de la lisa carretera iluminada aquí y allá por la luz que se escapa por las ventanas de las casas de estilo moderno llamado *bungalow* Americano, también le gusta recordar el antiguo orden de cosas, alegrándose de que aún existan muchos restos de los tiempos pasados; de que aún persistan muchas de las viejas costumbres. Y al caminar en su borrico fumando plácidamente su pipa, recuerda con alegría los innumerables vestigios que aún se levantan, del viejo Santo Domingo de su vigorosa juventud; los románticos tiempos pasados cuando las numerosas recuas de los hombres y mujeres del mercado monopolizaban el camino durante toda la noche; cuando el mercado mismo era como un gran centro social, lleno de risas y cantos.

En efecto, todavía se levanta la vieja muralla española, aunque ya no circundando la ciudad; lo mismo acontece con las antiguas Iglesias y otras ruinas aún más antiguas, y la mayoría de las casas que se encuentran dentro de lo que fué en un tiempo el recinto amurallado, se conservan tal como han estado siempre, con sus románticos balcones, cada uno de diferente diseño, cuyos caprichosos ante-

pechos de hierro de dibujos muy diversos son mudos testimonios del cariño con que ejecutaba sus obras algún herrero local. Y aún más, hay un sitio que casi no ha cambiado, en donde todavía se perpetúan las costumbres de antaño. Un lugar brillante que la mujer del mercado siempre gusta de contemplar. No, no es la Plaza de Colón porque es el lugar de la juventud y ella ya es vieja. Además hace ya muchas horas que se acabó la música y la multitud que llenaba la plaza, se ha retirado. Es un lugar mucho más constante, por decirlo así. Es un campo de luz, lleno de paz y quietud, que la atrae dulcemente—muy dulcemente. Es un tibio recinto con mármoles y lamparillas encendidas—¡es el umbral de otro mundo!

"En mi juventud"—medita la buena mujer—"este lugar no significaba tanto para mí". Toda la poesía de su alma sencilla se despierta ahora. Se olvida de la larga jornada que ha recorrido desde su solitaria cabaña en la manigua, y revive innumerables recuerdos—¡recuerdos agradables de viejos parroquianos que al mismo tiempo eran amigos!; ¡de su alegre niñez!; ¡de aquellos días cuando el viejo mercado era un verdadero mercado! Y así, al pasar frente al antiguo cementerio, los movimientos de su cansada y paciente cabalgadura y de su carga de flores y legumbres toman un ritmo agradable, dulce, en completa consonancia con el suave resplandor del cementerio. Mira los cientos de linternillas cuyas luces se estremecen trémulas detrás de la verja de hierro, y en ellas contempla la luz de los cielos y la belleza de la santidad. Experimenta una dulce sensación de anticipación a la cual se agrega (digámoslo muy quedo) el pensamiento de que algunos de sus *nuevos* parroquianos, que ahora vienen al mercado en automóviles, van a comprarle flores frescas para la tumba de algún deudo.

No es que ella sea mercenaria—¡ni lo permita Dios!—no, el pensamiento de lucro, y esto solamente de sus *nuevos* parroquianos, es muy secundario. Lo que hace palpitar su pecho es el orgullo inalienable del peón por todo aquello que está íntimamente relacionado con su estrecha vida. Sus ojos somnolientos se despejan, extasiados, cuando llega a este lugar, el cual para ella, más que un cementerio, es un agradable cuarto de enfermo, ténuemente iluminado. Tal vez la rapidez del intervalo que media en los trópicos entre la muerte y el entierro—ocho o diez horas solamente—sea la explicación de esta impresión suya, porque es posible que en la mañana vea a algún conocido en el mercado y a su regreso hacia la manigua reconozca su retrato colocado en un marco sobre una tumba, no obstante lo cual, parece que sus ojos confiados y dulces todavía miran realmente al finado.

Los caminos nacionales han traído muchos cambios, aún para la mujer del mercado, aunque a ella no le guste admitirlo. Pero no ha sido así en el Ozama. Río abajo, en este verdadero Estigia, el humilde hombre del mercado todavía rema, desnudo hasta la cintura, sin encontrar una sola luz. Silenciosamente se desliza bajo grandes árboles de los que cuelgan largos y gruesos bejucos—los cuales muchas veces llegan a sumergir sus extremos en las turbias aguas—en su larga piragua negra, cargada con hierba de Guinea, o con 30 o 40 cajitas de carbón de leña, todas del mismo tamaño, hechas con hojas de cocotero o con manojos de tablas de chilla sacadas del tronco de las palmeras; o bien, abandonando el remo en la mitad del río, se deja llevar por la corriente por muchas millas, sin ver a su alrededor, cambio de ninguna especie.

La aurora se despunta fresca y gloriosa. El ambiente parece entrar en movimiento, y sólo en las Iglesias reina la quietud.

Aún allí, parece que las mujeres arrodilladas están impacientes por salir.

Dos corpulentos negros están descargando ruidosamente una veintena de toscas piraguas, entre el extremo del puente y la popa de un vapor de carga. Tras de las dos arcadas, a través de la vieja muralla Española, el mercado al aire libre está rumoroso y rebosante de vida. Los burros y caballos han sido retirados para hacer lugar para la muchedumbre cada vez más grande. Sus dueños, bien despiertos ahora, están muy atareados aderezando sus respectivos puestos cuyos mostradores aparecen tentadores en extremo. ¡Y la enorme variedad de mercancías que se ofrece a los compradores! Legumbres, pescado, flores, medias, piezas multicoloras de género y cuadros de santos. También hay joyas y alhajas corrientes, billetes de lotería, café caliente y bizcochos de curioso aspecto, objetos de barro y más legumbres y flores; pero lo más interesante de todo es el pueblo mismo.

El cuadro es intensamente fascinador y asombrosamente colorido. Al principio nos absorbe la sencillez y buen humor de la turba. Después empezamos a escoger nuestros tipos.

Una lavandera con un vestido rosa chillón, de cutis aceitunado y mirar austero, balancea sobre su cabeza que tiene cierto aire de distinción, tres o cuatro vestidos de lino, cuidadosamente doblados y cubiertos por un pedazo de mosquitero rojo. Más allá, una negra, esbelta y flexible como el tallo de un lirio, camina por entre la muchedumbre llevando en su cabeza erguida y arrogante un gran manojo de tuberosas. Se detiene con cierta timidez cerca de un puesto en donde venden corbatas para hombre y retira de sus labios sensuales un enorme cigarro negro que estenta un llamativo anillo rojo. Murmura algo seductor a un Chino escuálido que pasa a su lado cargando un par de canastas planas suspendidas de una estaca atravesada sobre uno de sus hombros y tocado con un ancho sombrero de paja a través del cual el sol brilla como un halo ténue. La negra acompaña a sus dulces palabras una risa melodiosa y sonora que hace temblar en su bien formado cuello el collar de perlas falsas que brillan a los rayos del sol mañanero. Es tan argentina, tan bien modulada su risa insinuante que no debe extrañarnos que dos figuras vestidas de khaki qve se van pavoneando gallardamente volteen a mirarla. Pero sus coqueteos van dirigidos a un marinero Inglés, que parece estar muy interesado en algo que sucede arriba, y cuyo velludo pecho que se asoma por entre su traje de lona deja ver varios grotescos tatuajes. La negra, sin embargo, voltea su flexible cuerpo mostrando intencionalmente una pierna bien formada y fascina doblemente a los dos soldados, los cuales la admiran con la misma atención que todo buen militar debe mostrar ante sus superiores. El Inglés, entretanto, está esperando algo mejor. Lo llamativo del pañuelo de la negra, enrollado cuidadosamente en su cabeza de astracán Africano sobre la que carga graciosamente el haz de flores blancas, vuelve a llamarnos la atención (tal como ella había pensado que sucedería) y por último, nos damos cuenta de que, sin género de duda, las perlas lucen con más esplendor sobre la piel de una hermosa negra. . . . ¡Hay tantos tipos en el mercado.! Dos Monjas Dominicas (a su modo no menos fascinadoras que la bella mujer de ébano) con sus hábitos negros, blancos y crema, que se combinan perfectamente con su tez morena, van pidiendo limosna. Y ciertamente no la piden en vano, porque hasta un robusto muchacho mestizo que va cargando en sus brazos a un borrico recién nacido, se detiene un momento a indicarle a un amigo que escuche los

BIBLIOTECA NACIONAL · D. · SANTO DOMINGO · R.

ruegos de las dos monjas; ruegos piadosos acompañados de furtivas miradas que tal vez no son del todo castas.

Mas no obstante lo interesante y atractivo del pueblo, no hay color humano que rivalice el brillo de las frutas tropicales, de las bellísimas flores o de la resplendente gama de colores de los pescados del Caribe, que destellan con todos los tonos metálicos concebibles.

"*Bon! Alors j'y vais tout suite*"—exclama un negro sonriente de labios descomunales. "*The hell he will*"—réplica con ironía un mocetón Yankee de ademanes desgarbados, sin dirigirse a nadie en particular y sólo para darnos a conocer que entiende Francés. "*Oh! Oi soi*", grita el marinero velludo y tatuado del traje de lona, dirigiéndose a alguien a quien no podemos ver, pero que parece estar en una recámara de un segundo piso—el lugar que lo tenía completamente absorto.

Estos y muchos otros fragmentos forman un baturrillo extraño de lenguas y murmullos, no obstante que en la mayoría de los regateos y las ventas predomina el español. Se oye el zumbido de las voces, el cacaraquear de gallos y los gritos de algunos individuos que se saludan ruidosamente sobre las cabezas de la turba que charla, fuma y ríe; uniendo sus esfuerzos a los de la muchedumbre, un fonógrafo escandaloso colocado en un cajón vacío sobre un mostrador lleno de medias corrientes y multicolores, chilla destempladamente como si quisiera dar vida y animación a la mercancía que lo rodea. Y a pesar de esa música mecánica, parece que hay algo que flota en el aire de la temprana mañana, mezclado con el estruendo de la turba, mezclado con las volutas azules de humo que se elevan graciosamente de los enormes cigarros negros de las mujeres y que se entretejen sobre sus cabezas atractivas; algo que no se encuentra flotando sobre el incesante torbellino de otros lugares más modernos—algo indescriptible que parece extenderse hasta lugares de ensueño, mucho más allá del limitado horizonte de la realidad.

En una palabra, encontramos esta atmósfera mucho más fascinadora que las de los mercados de la Habana, San Juan, Caracas o Veracruz; es muy curioso, además, observar como va "palideciendo" la tez de la muchedumbre, a medida que avanza el día—y van llegando damas en sus automóviles; sirvientes blancos y, finalmente, caballeros dominicanos que pasan dirigiéndose a sus respectivas oficinas. De modo que, a eso de las siete, la turba en el mercado es más blanca que la de muchos mercados en numerosas ciudades de los Estados Unidos.

VI

RUINAS ECLESIÁSTICAS Y SEÑORIALES DEL VIRREINATO

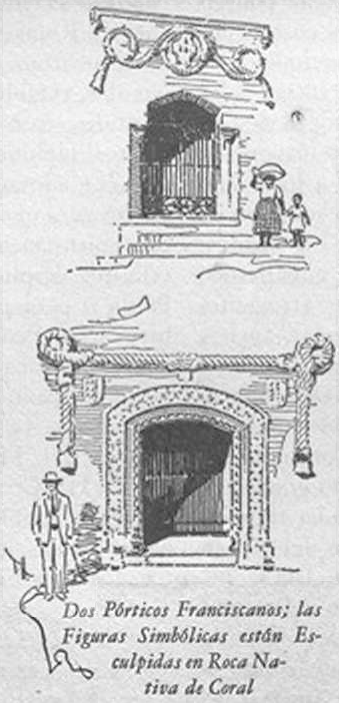
ESCUCHAD estos nombres fecundos y pensad en las añosas estructuras bañadas por la brillante atmósfera de los trópicos. El Castillo de Don Diego Colón, la Catedral Metropolitana del Primado de las Indias, la Universidad de Santo Tomás de Aquino, la Torre del Homenaje, la Iglesia y Monasterio de San Francisco, la Iglesia y Monasterio de los Monjes Dominicos, el Convento y la Iglesia de los Padres Jesuitas, los Conventos de Santa Clara y de Regina Angelorum, el Monasterio de los Frailes Mercedarios, los Castillos de San Gerónimo y de Haina. ¿No tienen acaso un encanto fascinador? En sí mismos evocan mucho. Pero ¡cuánto más evocan cuando se les asocia con los títulos de los Grandes de España y de una infinidad de dignatarios eclesiásticos y políticos! Sentid, por ejemplo, cómo el Castillo de Colón, grande e imponente como lo es, crece aún

más cuando recordamos que Don Diego fué el primogénito del Descubridor, que fué, asimismo, Virrey, Segundo Almirante de los Mares Oceánicos, Gobernador de Hispaniola y esposo de Doña María, Duquesa de Toledo; quien, a su vez, era la segunda nieta del Rey Fernando de Aragón. Nuevamente, ved cómo crecen las ruinas del Castillo de Haina cuando sabéis que fué construido por el Gobernador Don Félix de Zúñiga, Conde del Santo Imperio. La simple mención de esos nombres y esos títulos enriquece nuestros conocimientos de la Ciudad Virreinal en la que el mismo Cristóbal Colón mantuvo una residencia.

Por fortuna, no todos estos edificios están en ruinas hoy día, y sus nombres y los títulos de sus primitivos dueños os servirán, por sí mismos, de inspiración aún a pesar de que os digáis: "En Europa se encuentra todo ésto". Muy cierto, más es precisamente por esta razón por la que debéis tener presente que los trópicos agregan una nueva magia a los nombres y a los títulos, así como también a toda la arquitectura transplantada. Y, más aún, a menos que comprendáis los trópicos no podréis concebir un monumento del todo apropiado. Porque así como hay personas que no pueden percibir la sensación de color, algunos competidores no podrán comprender la fascinación lánguida de los trópicos. Por tanto, no tracéis una sola línea si no consideráis antes las condiciones climáticas peculiares de Santo Domingo; si no tenéis presente que el monumento va a levantarse en los trópicos y que éstos están encerrados por dos círculos, al norte y al sur del Ecuador, lo cual los hace ser las regiones más fértiles y más brillantes de la tierra.

* * *

Un negro de sombrero de paja y pantalones deshilachados, está desaguando su piragua con una calabaza, a la par que murmura calificativos un tanto expresivos al capitán de la falúa del faro, quien intencionalmente ha timoneado su esbelta lancha cerca de la orilla del río, para provocar una resaca y molestar a los estólidos peones que reposan tranquilamente en piraguas idénticas a las que zurcaban el Ozama antes de la llegada del hombre blanco.



Dos Pórticos Franciscanos; las Figuras Simbólicas están Esculpidas en Roca Nativa de Coral

La estructura más alta e imponente que se divisa desde este punto es la Casa de Colón, la mansión en donde vivió Don Diego con gran esplendor y que, en sus tiempos, fué un palacio fortificado. Ahora podéis sentaros en una banca de piedra en el alféizar de una de sus ventanas que miran al río y con la imaginación veréis numerosas carabelas que están siendo alistadas para viajes de exploración y conquista. Mirad a Don Hernando Cortez, haciéndose a la mar para conquistar a México; a Vasco Núñez de Balboa, el inquieto aventurero, levando anclas hacia partes ignotas sin imaginarse que va a ser el descubridor del más vasto de los océanos; a Francisco Pizarro, saliendo de la diminuta provincia de Hispaniola en 1510, para establecer una colonia en San

Sebastián, llegar a ser capitán general de la provincia de Nueva Castilla y conquistador de Cuzco, y regresar más tarde del Perú con el fabuloso tesoro de los Incas; a Ponce de León, recién llegado de Norte América con su relación mítica de la Fuente de Eterna Juventud; y a muchos otros héroes de la historia. O bien, si miráis hacia adentro del palacio, podréis reconstruir las viejas escenas cortesanas, exhuberantes de sedas, terciopelos y brocados. Os será fácil diferenciar a los presentes por sus vestidos y por la riqueza de las telas y el brillo de las insignias y las condecoraciones. He allí a los soldados, galantes y bizarros, con sus cotas de malla, portando estandartes blazonados, lanzas, espadas, arcabuces y ballestas; más allá están los caballeros, arrogantes y dignos, con blancas gorgueras, anchos sombreros, jubones adornados con mangas abullonadas y enagüillas cortas y angostas, puños de encaje, brazas ceñidas y medias hasta la rodilla, portando sus capas y sus largas espadas con gracia tan infinita que nos hace comprender al punto por qué la primera carretera del Nuevo Mundo (que existió en esta Isla y fué construída abajo la dirección del mismo Cristóbal Colón) fué llamada el Paso de los Hidalgos, y por qué este sólido y ahora lóbrego edificio, que todavía se levanta majestuosamente sobre el puerto moderno, alarmó tanto al soberano de Castilla que prudentemente ordenó a Don Diego que regresara a España.

Mas imponente como es la Casa de Colón, hay otra ruina en esta maravillosa y pequeña ciudad, que lo supera en grandeza dramática. Nos referimos al más famoso de los viejos monasterios, el de San Francisco, que se levanta erguido entre los edificios modernos. Nos deleita imaginarnos que estamos en los días de su gloria y que nos llegamos a él, quizás por uno de los numerosos túneles que en un tiempo comunicaban el fuerte con todos los viejos conventos e iglesias, saliendo de súbito de las negras entrañas de la tierra para encontrarnos en la derruida nave de su enorme capilla, en la que todavía se conserva en su lugar una buena parte de la alta bóveda—presentando un dramático conjunto que se asemeja grandemente a uno de los grabados de Perenesis de algún interior de la antigua Roma. Entre otras de las ruinas se encuentran las de la Iglesia de San Nicolás, también de proporciones monumentales, con innumerables capiteles, plintos, molduras y fragmentos de labrados, cuidadosamente conservados y arreglados para que puedan verse y estudiarse convenientemente, merced al laudable celo que despliega el Ministro de Obras Públicas para preservar los monumentos históricos. Pero de todas las ruinas—y hay algunas en la isla que son decididamente Hispano-moriscas—la que más nos atrae es la ya descrita Casa de Colón, palacio del hijo del "Ill'tre y E'do Varon, D'n Cristoval Colon", por la que discurren nobles hidalgos y grandes y bellas damas, con sus atavíos, joyas y tocados de la Edad Media.

VII

LA PLAZA DE COLÓN

OBSERVEMOS ahora a la multitud moderna y pintorescamente ataviada que llena la plaza principal y estudiemos el bello lugar. La banda está tocando, y con el triple encanto de la noche, la luz y la música—noche tropical, luz fugas y música soñadora—todos gozan del delicioso aire fresco y el sitio es un atractivo *rendezvous*. Esta plaza es el corazón no sólo de la Capital sino de la nación. A ella acuden todos: hombres públicos, militares, comerciantes, profesionistas, agricultores; y todos acompañados de sus damas, pasan y repasan

como en un gran salón de recepción al aire libre. Cuando la noche ha caído, y especialmente cuando la banda toca, la plaza se trueca en un verdadero lugar de hadas, de vida feliz, flores y fuentes juguetonas; un lugar dulcemente embriagador que nadie puede resistir.

Rodeada por un resplandeciente marco de viejos edificios, bajos, abiertos de par en par y de un colorido fascinador, la plaza parece estar completamente cerrada al mundo exterior. La vida en esos caserones, especialmente en el primer piso, es la vida de la plaza misma. En el segundo piso el ambiente es quizá un poco más refinado, según podemos darnos cuenta, ya que ni siquiera un mosquitero en las ventanas nos impide observar a los que están en los balcones y dentro de las habitaciones. Mientras tanto, poco nos importa saber lo que se encuentra tras de los muros de esos cuartos con sus elevados techos de vigas—tras de esas viejas recámaras, brillantes y alegres—en una palabra, tras de esta resplandecienta muralla de dos pisos que nos encierra en un recinto de vida, luz y color.

Enfrente de la calle Separación, en el féerico interior del Hotel Colón, se baila a los acordes de una música de radio, tocada por una orquesta en alguna ciudad de Cuba o de los Estados Unidos. En la acera, mientras tanto, sobre mesas de hierro se ve el relucir de copas y botellas, obscurecido a veces por la espalda de un dedicado lector que ojea las columnas del "Listin Diario" o de "La Opinión".

Tanto en las aceras como en los interiores reina la alegría y la vivacidad. Hombres y mujeres poseen unos modales de deliciosa a la par que alegre compostura, y prevalece en el ambiente un espíritu de bullicio y algarabía. Todos sonríen y accionan, conversan y ríen, mientras que cada uno de los edificios circundantes, inclusive la Santa Catedral Metropolitana (como se le llama ahora), tienen un aire bonachón y amistoso. Cada uno de ellos, con sus paredes de rojo Veneciano adornado con blanco; de un amarillo-verdoso, con anaranjado; de un verde cerúleo, con verde mar; aún los muros mismos de la antigua catedral, moteados de anaranjado y verde limón, o de anaranjado y negro, que la acción del tiempo ha manchado en unas partes, obscurecido en otras, imprimiendo en todo un tinte de maravillosa riqueza; con sus persianas de tablillas y sus macizas puertas de azul plomizo, verde esmeralda o gris pálido, destacándose con sus increíbles colores primarios—todos ellos, desde sus techos hasta el suelo, forman un marco brillante que encierra un estanque de luz misteriosa. ¡Y qué estanque! con todos esos colores crudos combinados en una gran harmonía cubierta por la aterciopelada bóveda de un cielo azul. No sería posible que hubiera un contraste más violento que el que existe entre el resplandeciente marco que rodea la plaza iluminada y el firmamento apagado y sin límites; y sin embargo, hay cierta harmonía real—una suave sensación de paz.

Y ahora, de todas las flores de este mágico jardín—y las hay numerosas y variadas, suaves mirtos formando tupidas masas aterciopeladas e intermitentes flores de hibisco—las más brillantes de todas crecen en tallos de hierro, sobre los altos postes del alumbrado; lirios eléctricos que se destacan graciosamente sobre el plumado follaje de los pinos rodenos o cerca de macizos cactus de floración nocturna, inmóviles y erectos como troncos o como estalagmitas. Bombillas blancas y esmeriladas, mucho más constantes que los efímeros botones blancos de los cactus, conocidos vulgarmente con el nombre de órganos, los cuales en este caso son singularmente significativos. Porque aquellos que nunca han examinado su tronco, estriado con zurcos profundos, separados por afiladas salientes cubiertas

con diminutas espinas, o nunca han visto sus grandes flores blancas que se abren al caer la noche, no podrán concebir la fascinación, la magia y el misterio de los trópicos. Y permitiendo que nuestra mente divague un poco, pensamos que un arquitecto imaginario podría encontrar en uno de estos estriados y floridos troncos verdes, un espléndido motivo para un faro que se levante, alto y esbelto, hacia las nubes.

Y no es de extrañarse que dando rienda suelta a nuestra fantasía, puesto que no son pocos los que se abandonan a sueños poéticos, nuestro pensamiento vuele hacia lo lejos, tierra adentro. Y saliendo de la plaza y de la ciudad, dejando atrás los viejos fuertes Españoles con sus mohosos cañones, atravesando campos exhuberantes sombreados por gráciles palmeras y frondosas ceibas, cruzando ricas plantaciones de azúcar, llegamos hasta las altas y majestuosas montañas (las más elevadas de las Indias Occidentales) en donde, años ha, habitó Caonabo, el renombrado Jefe Caribe, que desafió a los Españoles, se convirtió al Cristianismo y está considerado ahora como uno de los libertadores del país. Y escalando las escarpadas laderas y descendiendo a los profundos barrancos, tan salvajes ahora como lo han sido siempre, visitamos las cuevas que en un tiempo encerraron, y otras que todavía encierran, objetos curiosos y extraños, únicos restos de una mitología salvaje, que atestiguan la existencia de una cultura nativa entre los Indígenas y que sin duda interesarían a un arquitecto inspirado. En ese instante recordamos que en el museo de Santiago de los Caballeros, se exhiben varios zemis, o ídolos locales, y numerosos ejemplares de alfarería precolombiana.

Pero basta de sueños; volvamos a la plaza brillantemente iluminada, en la cual todavía toca la música, la turba pasea y los lirios luminosos siguen inundando flores y follaje con su blanca luz. Mas no obstante que nos lo hemos propuesto, no podemos menos que soñar en esta mágica fontana de luces y colores. Muy a nuestro pesar nuestros pensamientos retroceden varios siglos y nos hacen contemplar este mismo sitio en una noche tibia de los tiempos legendarios y heroicos. La plaza está de fiesta, la música y el bullicio de la turba poblan el ambiente como en las noches de hogaño; mas la escena es bien distinta, los vestidos más ricos y suntuosos. Se ven relucir los bruñidos yelmos, corazas y petos de gallardos caballeros que pasean con la espada al cinto. La intolerancia y la crueldad estaban aquí, como en el resto del mundo, a la orden del día; en tanto que ahora reina una vida placentera y tolerante y del todo democrática en la que participan, sin distinción, todas las clases sociales. Simples ciudadanos y sencillos trabajadores han reemplazado a los señores y a los siervos de antaño. Sin embargo, en esta noche especial, hay algo que rodea a esta turba feliz con un nimbo de encanto.

¿Serán quizás—nos preguntamos—los modernos lirios eléctricos los que nos hacen verla transfigurada? Si esto es así—y hénos aquí tomando la tangente una vez más—y si el competidor desea que el faro ofusque y supere a todos los existentes, deberá diseñarlo en forma tal que su poderoso rayo que ha de girar alrededor de un área de cien millas de diámetro, comunique a todas las cosas un encanto semejante.

Pero volvamos nuevamente a la plaza fascinadora. Mirad cómo albean los trajes blancos de los caballeros y los vestidos de alegres colores de las damas; y cómo brillan sus cabellos de azabache, adornados a veces con una flor. ¡Todo reluce con un brillo suave que embriaga la vista y deleita el alma!

A la plaza vienen todos, ricos y pobres, a ver y a ser vistos, y a nadie se le frus-

tran sus esperanzas. Todos están felices, tan felices, que nadie recuerda que una bala de los cañones de Sir Francis Drake, medio empotrada en uno de los muros de la catedral, puede verse fácilmente desde donde pasean. Mas ¿para qué recordar el turbulento pasado? ¿Para qué pensar en cosas perturbadoras? Porque, sin duda alguna, tanto los fieros métodos comerciales de las naciones del norte, como la vida agitada y desprovista de gracia de los países manufactureros estarían fuera de lugar en este bello paraíso. Además, esta América antigua—¡no! la más antigua de las Américas—¿no está, por ventura, progresando rápidamente? ¡Indudablemente que sí!—Entonces, ¿por qué no conservar intanto un lugar, una plaza, y dedicarla exclusivamente para solaz? ¿Por qué no conservar este lugar en donde pueden mirarse por entre los lujosos y modernos automóviles que circulan alrededor de la plaza, estos viejos muros históricos, que ya eran viejos cuando ni siquiera se soñaba en Nueva York o Buenos Aires..?

De este modo soliloquea el Dominicano culto. Su pequeña ciudad con sus calles abovedadas, sus esbeltos campanarios, sus bellos enrejados y balcones de hierro, sus ricos labrados, debe crecer, levantar numerosos barrios modernos; pero la vieja plaza, por lo menos, debería permanecer tal como era en los días lejanos cuando se conocía la isla con el nombre de La Española; debería permanecer sin ningún ejemplar de la arquitectura comercial Americana, sin ninguna fachada *banal* Francesa; en una palabra, debería permanecer para siempre libre de influencias extranjeras, puesto que sus cuatro centurias de vida sólo han servido para hacerla más tierna, más bella y más significativa.

¡Significativa! Fijaos bien en la palabra, recordando que las ciudades y las urbes están siendo más y más semejantes en todo el mundo y, por desgracia, cada vez menos significativas. Por lo tanto, según nuestro parecer, al diseñar el faro y al sugerir los nuevos edificios gubernamentales, la arquitectura de todas las construcciones que sea necesario erigir, cuyo plan, desde luego, debe ser moderno, debería llevar el sello inequívico de esas viejas estructuras, bellas y evocadoras, que representan el alma de la América Latina en centenares de plazas semejantes. En tal virtud, creemos tener razón al desear que en la ribera del Ozama opuesta a la ciudad de Santo Domingo, surja un eco moderno de lo que la Enciclopedia Británica dice, al referirse a Santo Domingo: "es quizá el ejemplo más perfecto de ciudad Colonial Española del siglo XVI".

¡Cómo divagamos! Y mientras tanto la escena ha cambiado. De día, la Plaza de Colón es un centro de actividad; mas a pesar del bullicio de los negocios, desde un enrejado balcón podemos dominar con la vista la calle Arzobispo Meriño y estudiar sus detalles iluminados de lleno por la brillante luz del sol sin perder ninguno de sus encantos peculiares; más aún, con la luz del día se descubren todavía nuevos encantos. Los bellísimos arriates, por ejemplo, que la muchedumbre nos había ocultado en la noche. Su estilo ordenado y la perfección de las figuras que los componen, indican claramente el exquisito cuidado y sentimiento con que se les cuida y arregla. Observad la feliz absorción con que el viejo jardinero barre los angostos terraplenes que detienen la grava; o el cuidado con que limpia las hileras de plantas de diferentes colores, bien podadas y arregladas a diferentes niveles, que crecen dentro de estos límites precisos y elegantes. Notad como pone en su trabajo el mismo cuidado con que se conservan los jardines de fama mundial del Generalife en Granada, o el igualmente hermoso Parque María Luisa en Sevilla.

Podríamos todavía describir y admirar

otros muchos detalles, pero sólo mencionaremos uno más: la estatua heroica de Cristóbal Colón que se levanta sobre un bello pedestal en el centro de esta plaza, la cual debe observarse a la luz del día si se quiere apreciar toda la belleza de esta magnífica obra de arte.

VIII

CEREMONIA IMPONENTE Y BELLA EN LA QUE EL PRESIDENTE ES UNA DE LAS PRINCIPALES FIGURAS

SÓLO un vistazo más. Es el día de Corpus Christi, y el Presidente asiste oficialmente a las ceremonias religiosas con gran pompa.

Siguiendo la costumbre tradicional, las campanas de la Catedral desempeñan un papel muy importante en esta gran festividad. Las grandes, con sus voces profundas y sonoras llenas de autoridad, opacan a las más pequeñas y su tañido lento y solemne rememora los días viriles y gloriosos en que chocaban los aceros, resonaban las trompetas de triunfo, rechinaban cadenas, crujían los patíbulos y lanzaban alaridos de desesperación los herejes.

Es un día caluroso; uno de esos días de verano en que no sopla viento alguno y en que es extremadamente difícil hacer cualquier esfuerzo físico. No nos extraña, por lo tanto, que al detenerse frente a la Catedral un piquete de tropa, los soldados sudorosos y jadeantes, se enjuguen las frentes y suavicen su erguido porte dentro de la tiesura marcial de sus uniformes, mientras se forman dos largas vallas, la banda militar se coloca en el lugar que le corresponde y la bandera de seda de la República, ornada con cordones y borlas, ocupa el centro del primer pelotón. De pronto, a la voz de atención, los soldados yérguense gallardamente y un elegante carruaje que ostenta el escudo de armas de la República Dominicana se detiene frente a la escalinata que da acceso al atrio almenado de una de las más interesantes catedrales de las Américas; estamos tentados de llamarla la más interesante, porque, a pesar de que hay tantas otras más grandes y más bellas, ésta, sin duda alguna, es la más interesante de todas.

Al empezar los acordes del himno nacional, desciende del carruaje un hombre alto y robusto que, descubriéndose reverentemente, se detiene al pie de la escalinata.

El Presidente Vázquez no sólo es alto y de porte distinguido, sino que sus cabellos blancos y sus anteojos hacen resaltar perceptiblemente su aire de autoridad. Según nuestro entender, fué en un tiempo un aguerrido militar, aunque en la actualidad nunca viste uniforme. Es en realidad un Presidente de los más democráticos, presentándose en todas ocasiones con un sencillo traje tropical. Mas con todo y la sencillez de su traje y la afabilidad de su trato, que acusan al momento al hábil administrador y atinado gobernante, posee una elegancia natural y obra siempre con reserva y dignidad que encajan perfectamente en un día como Corpus Christi, en el cual debe perpetuarse una antigua tradición.

Al terminar el himno nacional, se cubre nuevamente, asciende la escalinata y cruza el atrio, seguido por cuatro ayudantes de uniforme blanco con charreteras de oro, portando espadas de gala, calzando un guante blanco y llevando el otro suspendido de la borla que cae de la empuñadura de sus espadas.

Las enormes puertas de la Catedral se abren de par en par, permitiendo que se vea el monumento de Colón que se levanta en medio del espacioso recinto sagrado e impide ver desde el exterior el altar

mayor. Al punto distinguimos al Arzobispo con sus ricos ornamentos, seguido del maestro de ceremonias, llegándose hasta el umbral para recibir al Primer Magistrado.

Al sonar las nueve en el reloj del Palacio Municipal, todos los hombres y niños que se encuentran en el atrio se descubren casi simultáneamente, y antes de que se extinga el eco de la última campanada, el Arzobispo avanza con gran ceremonia, inclinando la cabeza a derecha e izquierda y sonriendo afablemente haciéndonos recordar la etiqueta real de alguna corte Europea. Su casulla de seda bordada, si no tan rica como aquélla que usó el Papa Calixto III y que se conserva en Valencia, por lo menos sí lo suficiente para ser positivamente deslumbradora en la brillante luz del sol. El Presidente y el Arzobispo se dan un apretón de manos, y en este saludo, el segundo muestra a su huésped un cierto grado de consideración—y al mirarlos en ese umbral histórico, el uno con sus ricas vestiduras eclesiásticas y el otro con un simple traje de calle, por un instante sentimos la tentación de preguntarnos si la continuidad de tradición tan suntuosa puede llevarse a cabo con la debida propiedad en un sencillo traje tropical. Nuestras dudas, sin embargo, se disipan con la misma rapidez con que vinieron.

La Catedral está llena de bote en bote y a duras penas se mantiene abierto un estrecho pasillo a lo largo de una de las naves, que conduce a una plataforma levantada entre el crucero y el altar, en la cual se hallan dos hileras dobles de sillones, colocadas una frente a la otra a ambos lados del pasillo. Estos sillones son para el Presidente y los funcionarios del Gobierno. Don Horacio, por supuesto, ocupa el lugar de honor al extremo de la hilera, inmediato al trono del Arzobispo; los ministros del Gabinete, sus secretarios y los cuatro ayudantes presidenciales, pasan a ocupar los asientos detrás del Presidente. En esta hilera todos los presentes llevan trajes blancos, en tanto que en la hilera opuesta, los senadores y diputados están de jaqué negro y han colocado sus chisteras en la alfombra al lado de los sillones. El Presidente tiene a la mano un abanico de hoja de palma y lo usa frecuentemente durante la larga ceremonia que dura, por lo menos, dos horas y media.

Aunque el espacio limitado de que disponemos no nos permitiría entrar en una descripción extensa de la ceremonia ni dedicar aunque fuera un vistazo a las quince capillas de la Catedral, ni al monumento de Cristóbal Colón cuya estatua de bronce se levanta sobre su elevado pedestal, ni al bellísimo atrio frente a la Universidad, al lado derecho de la Catedral; sin embargo es necesario describir lo suficiente para familiarizar al competidor con el escenario de esta digna y bella ceremonia, ya que es posible que algunos no estimaran en todo su valor la riqueza y la formalidad de una ocasión íntimamente identificada con Santo Domingo desde los días en que monarcas Españoles y generosos Papas enviaban sin cesar a la privilegiada ciudad, presentes y dádivas de inapreciable valor.

Afortunadamente no será necesario describir el Altar Mayor, los sepulcros y tumbas y los numerosos monumentos con nombres ilustres y evocaciones históricas, ni las sagradas imágenes y valiosísimas pinturas que están permanentemente a la vista de los fieles y de los visitantes. Bastará llamar la atención hacia ciertos tesoros especiales; y solamente a dos de ellos: una bandera de plata que se levanta al extremo de una asta del mismo metal, de metro y medio de largo, colocada sobre la reja del presbiterio; y una especie de torre o templo de plata de complicado estilo, colocada sobre unas andas, también de plata, que se destaca prominente-

mente entre un grupo de sacerdotes y monjes revestidos con ornamentos litúrgicos.

Examinando más de cerca ese grupo, además de las personas ya descritas anteriormente, divisamos al momento a un personaje de lo más impresionante y pintoresco, que se asienta entre los funcionarios del Gobierno y el clero—es un hombre de cabellera gris y larga que le cae hasta las orejas y de perfil distinguido, que por sus enérgicas facciones y su indumentaria podría ser el mismo Cristóbal Colón. Lleva una capa larga, hasta más abajo de la rodilla, de color crema bordada sobre uno de los hombros con una gran cruz roja que abraza en sus ángulos a cuatro pequeñas cruces rojas; chaqueta ceñida de corte militar y color azul, abotonada en el pecho; pantalones blancos con una franja dorada; guantes blancos y una espada de plata al cinto. Parece ser el espíritu del Gran Navegante! Pero no, es un noble Pontificio, o para ser más exacto, un Caballero del Santo Sepulcro; y su porte y su uniforme medioeval agregan las últimas pinceladas a un cuadro de por sí imponente. Como es natural, las miradas de todos los presentes han estado fijas en este cuadro que llena el presbiterio con tan magnífico esplendor. De súbito una banda militar agrega sus acordes a la majestuosa música del órgano, con una explosión celestial de sonidos, al principio llenos de ternura y consolación, de dulzura y reposo, y que terminan de repente en una clarinada de triunfo.

La Urna de Bronce que Guarda los Restos de Cristóbal Colón

En volumen, estos acordes son sublines y producen al efecto de ensanchar hasta el infinito este cuadro que nos rodea. Avanzamos con la multitud y llegamos a un lugar desde donde, por primera vez, podemos admirar a todo nuestro sabor el elevado monumento moderno de estilo gótico español que llena el otro extremo de la nave. Sus contrafuertes, pináculos, figuras y ornamentos, junto con la urna metálica que guarda los restos de Cristóbal Colón, pueden verse ahora como una entidad completa, aunque no perfecta, que aparece cubierta, como se cubre el ataúd de un soldado con una bandera, por una nube luminosa que desciende desde los ventanales rojos y amarillos de la bóveda, nube que, por sus colores significativos, nos recuerda en ténue espejismo la bandera rojo y gualda bajo cuyos pliegues navegó y peleó Colón hace más de cuatro centurias.

La multitud ocupa no sólo todas las bancas y sillas, sino que se apretuja entre las columnas de la nave y se mueve con dificultad por los pasillos laterales.

Todo sestán acicalados y limpios. Aún la vieja Catedral se vé inmaculada. Bien es cierto que no se encuentran vestidos típicos regionales, mas la ausencia de ellos se reemplaza con las brillantes y coloridas telas de las mujeres; con los uniformes de unas niñas que acompañadas de varias monjas forman una larga columna; y de unos muchachos de una academia militar y sus oficiales que forman otra columna tan larga o más que la anterior; y es-

pecialmente con los vestidos llamativos y hasta fantásticos de numerosos pequeñuelos que se destacan entre la turba.

Al extinguirse las melodías del órgano, prosigue la ceremonia con sus ritos pintorescos, repetidos cánticos y antífonas, movimientos con incensarios que despiden fragantes y azulados espirales. Viene a continuación un sermón desde uno de los púlpitos seguido por un himno cantada por voces femeninas desde el coro. Nos deleitan las ceras chisporroteantes, las nubecillas de incienso y los rayos rojos y amarillos que proyecta el sol sobre el altar mayor y sobre el monumento de Colón. El incienso y las ceras nos son bien conocidos, mas los rayos de los ventanales que con sus colores forman la bandera de la Madre Patria y van a caer de lleno sobre los miembros de un gobierno que rinde pleito homenaje a otra bandera muy distinta, nos ofrecen un espectáculo enteramente nuevo, que parece prolongar las tradiciones gloriosas del pasado y explicar el legítimo orgullo que este pueblo siente por sus antepasados.

Proseguimos avanzando con la multitud, recordando que el objeto primordial de nuestra visita es de observación y estudio. Nuestros ojos se detienen a examinar el enorme monumento que se levanta hasta casi tocar la bóveda de la nave. Y a pesar de que sin género de duda está fuera de lugar en la Catedral, dividiendo la nave, restándole cierta majestad al Altar Mayor e impidiendo que las ceremonias y procesiones se lleven a cabo en la forma acostumbrada de línea recta hasta el presbiterio; y a pesar de que en vez de levantarse sobre una plataforma, hubo necesidad de construirlo a un nivel inferior al del piso y aún de reducir la altura de su cúspide para que pudiera caber dentro de la Catedral, no podemos menos que admirarlo porque se imponen sus detalles frescos e inspirados y la belleza general de su composición. Sus figuras, bien modeladas, son originales y significativas, representando a Hispaniola (la Isla que Colón amó con ternura) guardando amorosamente los restos del gran Navegante. Afortunadamente sus defectos podrán corregirse cuando se le translade a la Capilla en la base del nuevo faro monumental, en donde podrá levantarse, imponente y solitario, tal como fué proyectado originalmente; y, digámoslo muy quedo, la vieja Catedral, a su vez, lucirá mucho mejor su majestuosa belleza.

Al recorrer las naves laterales, notamos que en dos de las capillas se han colocado grandes coronas de flores ornadas con anchos listones sobre unas lápidas mortuorias. En otro lugar se encuentran las tumbas de Don Diego y Don Luis Colón, hijo y nieto, respectivamente, del Descubridor; y en la nave central, bajo una lápida desgastada por la planta de los fieles, descansa Simón de Bolívar, quien, según se asegura, fué el abuelo del gran Simón, amigo de George Washington y fundador de cuatro Repúblicas Sudamericanas; aunque las fechas que se ven en la lápida, nos hacen suponer que debe haber vivido muchas generaciones atrás, ya que el Gran Libertador nació hace cerca de doscientos años.

Entre otros tesoros de esta vieja catedral se encuentran los vasos sagrados incrustados de piedras preciosas, de un valor histórico mucho mayor que el de los de cualquiera otra iglesia del Hemisferio Occidental. Bien es cierto que gran parte de ellos, donados principalmente por los Reyes de España, han desaparecido; lo cual nos hace recordar que Sir Francis Drake llevó a Inglaterra seis figuras de bronce para que sirvieran de mudos testigos de su arrojo y temeridad en sus correrías por esta la más rica y antigua sede del Nuevo Mundo. Sin embargo, quedan aún suficientes reliquias, a pesar de los repetidos saqueos de los in-

BIBLIOTECA NACIONAL

gleses y franceses, para convencer a cualquiera que la pequeña ciudad de Santo Domingo fué en un tiempo una de las más prósperas y regias de las Américas.

Pero . . . nos hemos olvidado de la ceremonia. El maestro de ceremonias sube a la plataforma en la que se encuentran los funcionarios del gobierno, llevando un grueso haz de cirios, y con profundo respeto entrega uno de ellos al Presidente y a cada uno de los miembros del Cabinete, lo mismo que a los Senadores y Diputados. Bien pronto se encienden los cirios y empieza a formarse la gran procesión.

Detrás de una vieja y rica cruz alta, se hallan los monaguillos seguidos por numerosos monjes, sacerdotes y dignidades del alto clero. El maestro de ceremonias se dirige hacia el altar, y después de una reverente genuflexión toma la bandera de plata y la entrega al Presidente. Don Horacio, mientras tanto ha pasado su cirio encendido a uno de sus ayudantes.

Este histórico emblema merece que nos detengamos a examinarlo. Es una oriflama de dos puntas, en la cual se ha calado un blasón de la heráldica sagrada, y lleva una campanilla suspendida de la cruz que forma el remate del asta de plata. Esta bandera es una verdadera reliquia de los primeros días de la caballería.

Todo el mundo guarda silencio. El Presidente avanza solemnemente hacia el frente de la plataforma en donde se detiene sosteniendo la bandera por largo rato, ten largo que por un momento tiene que entregarla a uno de sus ayudantes para enjugarse el sudor de la frente. Todas las miradas están fijas en el Primer Magistrado que permanece inmóvil. De improviso, un inesperado toque de campanas rompe la quietud del ambiente. ¡Cuán impresionante es el espectáculo! El Primer Magistrado, sencillamente vestido de blanco, el clero con sus ornamentos blancos y dorados y los rayos de sol cuya luz roja y amarilla hace relampaguear la espada del Caballero del Santo Sepulcro, las espadas de los ayudantes del Presidente y, sobre todo, la oriflama de plata.

Los cadetes que gallardamente lucen sus uniformes azules con franjas blancas en los pantalones, se forman otra vez tras de larga espera, y empiezan a marcar el paso. Las niñas con sus trajes azul marino obscuro y sus velos blancos, acompañadas de las Hermanas con sus bellos hábitos y velos negros, se alistan para tomar sus lugares en la procesión, mientras que los funcionarios gubernamentales, con el cirio en la mano, aguardan gravemente la señal de marcha. Entre ellos notamos un senador de facciones finas y perfil aguileño, que se comporta con gran reverencia y devoción, evidentemente un hombre de gran espíritu, que no permite que el calor sofocante doble su cirio como les sucede a muchos otros.

Entre la multitud se destacan numerosas personas distinguidas, las cuales se confunden con todos los participantes para humillarse ante la presencia de Dios, mostrando un cuadro sumamente impresionante y conmovedor.

Nosotros contemplamos los múltiples detalles que nos deleitan la mente y nos sentimos arrastrados por un sentimiento que no podemos definir; y si no fuera porque estamos resueltos a guardar en nuestra memoria cuanto nos sea posible, nos dejaríamos llevar por nuestro arrobamiento sin tratar de investigar sus causas.

Dirigimos nuestras miradas hacia el coro y bajo la galería divisamos una hilera de querubines de piedra de cabezitas redondas envueltas por alitas dobladas, semejantes a los que hemos visto en Italia y España. Pero . . . no! sus labios son diferentes; o quizás la maravilla y gloria de la música los hace parecer diferentes. Tornamos nuestras miradas acá y acullá, preguntándonos a medida

que las notas vibran y trinan, si será posible que exista otro lugar que posea una acumulación semejante de tradiciones. Lo cual nos lleva a preguntarnos si se encontrará un arquitecto que cree una evocación poética de los dramas que han obscurecido o iluminado a Santo Domingo—un genio capaz de proyectar y construir una deslumbrante evocación de los mares del sur.

Entretanto, en medio de nuestros devaneos, continuamos sintiéndonos fascinados por todo lo que nos rodea, los pendulantes incensarios; la figura del Presidente, erguida y firme a la vez que modesta; una pareja de viejecillos que pugnan por encontrar una abertura en la muralla humana; la luz amarillenta, suave y temblorosa de los cirios. . . . Empezamos a notar que todo es diferente y sin igual, y de pronto, al levantar la vista y fijarla de nuevo en los pétreos querubines, descubrimos el secreto de ese algo diferente que al verlos por primera vez creímos encontrar en sus boquitas. La piedra misma de que están hechos canta . . . canta perennemente, porque el cincel del tallador imprimió en sus labios las notas de la escala "Do, Re, Mi, Fa, Sol, La, Si, Do. . . ."

Nos imaginamos ahora el entusiasmo del artista que agregó este nuevo interés a la figura de un querubín usada con tanta frecuencia en todas partes. Debe haber sido un obscuro tallador, posiblemente un indio humilde que ponía verdadero cariño en su trabajo.

Y mientras nuestros ojos siguen clavados en esas boquitas, nuestra errabunda imaginación nos lleva a la tierra en donde nació Colón, a la tierra del arte y de la belleza, y nos hace recordar interiores más ricos y coros más bellos. Nuestra atención se divide, y mientras escuchamos un maravilloso *crescendo* de la música sacra, nuestros querubines de piedra siguen cantando, cantando para siempre como aquellos niños de piedra de Luca Della Robbia de la bella galería del canto en el Bargello, los cuales durante años han cantado, tocado y bailado sin cesar.

En medio de nuestro arrobamiento, nos damos cuenta de que hay dos bandas en la Iglesia que agregan sus notas a las del órgano. La banda de los cadetes rompe a tocar un aire marcial, y después de breves órdenes dadas en voz baja, la procesión empieza a moverse.

A medida que pasa la larga columna, distinguimos algo que atrae más la atención e inspira más reverencia que el resto de la procesión. Cuatro monjes de luengas barbas y vestiduras blancas ricamente bordadas, alzan la pequeña torrecilla de plata y avanzan cargándola reverentemente en su litera. Es la custodia sagrada, el más preciado de los tesoros de la Catedral, que sólo puede verse el día de Corpus Christi.

De tres pies de alto y veinte pulgadas de diámetro en su base, es una verdadera maravilla arquitectónica en miniatura. Tres o cuatro ringleras de arcos superpuestos, rematan gradualmente en una cúspide sobre la que se levanta una figura que simboliza la Resurrección. El todo se refleja en una plataforma de plata de cerca de nueve pulgadas de alto y dos pies y medio cuadrados de superficie, a través de la cual pasan dos largas asideras de plata. En los pequeños arcos abiertos, y bajo doseles ricamente labrados, se encuentran figuras de apóstoles y santos, en tanto que de otros penden pequeñas campanillas. Alrededor de la base de este delicado edificio, hay un friso de paneles de pulgada y media de alto que representan escenas bíblicas, los cuales se atriguyen a la mano maestra del fogoso Benvenuto Cellini.

Es interesante saber que este tesoro inapreciable fué donado a la Catedral por el Papa Julio II, bajo cuya dirección se construyó la Catedral de San Pedro, y

quien, como bien sabemos, fué el protector de Miguel Angel y de Rafael.

Naturalmente, esperamos que muchos de los competidores pongan en sus diseños todo el espíritu, la inteligencia y la imaginación poética que se necesitaron para modelar esta delicada alhaja. Porque seguramente todo arquitecto con cierta inclinación a lo espiritual, comprenderá que el Faro debe poseer una inspiración y una trascendencia al menos semejantes a las del famoso Cristo de los Andes. Además, con todos los medios que ofrecen los sistemas modernos de iluminación, se espera que sean numerosos los competidores cuyos diseños evoquen algo enteramente nuevo, especialmente de noche—y ya que no un misterio sacramental, quizás una visión inspirada por un Broadway babilónico; o mejor aún, escogiendo un término medio, algo que encarne en sí los nuevos rumbos y el meteórico progreso del mundo actual. Un símbolo que, si le hace justicia al tema, deberá poseer una magia y una fascinación únicas y originales.

Entrada Principal de la Antigua Catedral. Nótense los Bellos Arcos de Medio Punto

Llámese a todo esto, si se quiere, artificio transparente o espejismo ilusorio. Constituye, sin embargo, un factor importante que debe ser tomado en consideración.

Otra vez hemos dejado vagar nuestra imaginación, alejándonos de la vieja Catedral en un momento en extremo inoportuno, pues deberíamos confundirnos con la multitud para sentir con ella todas las emociones que muestra al paso de la Hostia Sagrada.

Algo ha impresionado la imaginación de la multitud. Al alejarse la bella torrecilla de plata maciza entre la silenciosa muchedumbre, los hombres empiezan a abanicarse tímidamente con sus sombreros, mostrando una emoción y una satisfacción inconfundibles; las mujeres parecen salir de un éxtasis; y los muchachos que venden billetes de lotería a pocos pasos de las puertas de templo y que han mantenido un respetuoso silencio, reanudan su ensordecedora algarabía.

Una vez que los que tomaron parte en esta larga y brillante procesión alrededor de las naves laterales de la catedral, han vuelto a ocupar sus respectivos lugares, se llevan a efecto los últimos actos del ritual ante el altar mayor, y después de unos cuantos minutos y muy a nuestro pesar, se da fin a la impresionante ceremonia.

El Arzobispo acompaña al Presidente hasta la puerta principal, donde se detienen y conversan hasta que un toque de corneta repercute de capilla en capilla, a través del atrio y hacia la calle, llegando hasta los soldados, los cuales, sin parar mientes en lo sofocante del calor y en el cansancio de la larga espera, al escuchar sus notas forman fila y presentan armas con marcialidad y precisión dignas de todo encomio.

Con verdadero donaire latino, Don Horacio murmura unas palabras de despedida, y tan erguido como el más joven de sus soldados, marcha hacia su carruaje, para perderse en el calor abrumador de un mediodía tropical.

IX

UN RAYO DE LUZ DIÁFANA DESDE LOS DOMINIOS DEL IDEAL

DESPUÈS de tantas y tan valiosas observaciones, es tiempo ya de que empecemos a examinar todo lo que hemos visto y aprendido, a fin de seleccionar aquellas impresiones que puedan ser útiles en la concepción de un proyecto, considerándolas a la luz serena y apacible de la antigüedad clásica para poder no sólo crear algo perfectamente apropiado, sino también para poder crearlo con el mismo bello espíritu con que se concibió y ejecutó el Partenón.

Divaguemos un poco, por lo tanto, y examinemos el Partenón tal como era en los días de su primitiva gloria.

En primer lugar, fué construido para alberger una estatua colosal de Atena, hecha de marfil y oro. En segundo lugar, sus dos frontones ricamente esculpidos y no menos ricamente coloreados, conmemoraban, el uno el nacimiento de Atena y el otro la batalla de Atena con Poseidón para la posesión de la tierra de Atica. En el interior, Atena, la Diosa de la Sabiduría y Patrona de las Artes, estaba nuevamente glorificada en los incomparables frisos de mármol pentélico que representan la Procesión de las Panateneas.

El competidor inteligente observará que una idea consistente anima un monumento erigido a la memoria de un mito—una Mujer Imaginaria llamada Atena Partenos. Sin embargo, el templo de esta Diosa quimérica toca una nota intensamente humana y real que lleva consigo un mensaje pleno de inspiración que ha influenciado indirectamente casi a toda persona culta a través de las edades.

Esto es lo que un gran monumento puede realizar, cuando se concibe y ejecuta en las elevadas regiones del ideal.

Bien es cierto, lo admitimos, que hemos hecho una afirmación muy rotunda, teniendo en cuenta el hecho de que son tan pocos, relativamente, los que han visto el Partenón. Mas a pesar de ser rotunda, no deja de ser verdadera, porque aún en ruinas, el Partenón todavía se levanta proclamando el gran ideal encarnado en la persona de Atena—el ideal más alto del pueblo de Atenas durante al Edad de Oro de Pericles.

Consideremos ahora nuestro problema. ¿No hay acaso en este Nuevo Mundo oportunidades tan grandes para inmortalizar como las que había en el Antiguo Mundo? Los episodios heroicos y grandiosos de la historia de las Américas, ¿no proporcionan por ventura material rico y fecundo para crear una Procesión Panamericana que iguale a la Procesión Panatenaica? ¿No es Cristóbal Colón, un hombre, tan merecedor de una glorificación idealista como lo fué Atena, un mito? Y antes de descender del Olimpo para contemplar en una última mirada algunos de los heroicos acontecimientos que sucedieron en el nuevo mundo, preguntémonos si no es posible que un Fidias moderno pueda simbolizar, en alguna forma, el Nacimiento del Nuevo Mundo para ejercer una influencia tan grande e imperecedera como la que irradia del frontón que representa el Nacimiento de Atena.

Para resolver nuestro problema, felizmente, no tenemos que pensar en implacables cálculos económicos que constituyen una de las primeras consideraciones a que debe sujetarse el arquitecto moderno. Tampoco tenemos que preocuparnos por los sistemas ultra rápidos de construcción, ni que pensar en arquitectura barata y superficial. Todo lo contrario: debemos emprender nuestra tarea con deliberación concienzuda y elevado desprecio por el materialismo y los métodos ruidosos de la era industrial. Y como vamos a crear una de las principales glorias del mundo,

nuestros pensamientos se remontan hacia los majestuosos acrópolis y los espaciosos ágoras. Y a pesar de que estamos decididos a diseñar algo intensamente moderno, vienen a nuestra memoria los gloriosos centros Greco-Romanos de antigüedad clásica, y las notables restauraciones de grandes obras arquitectónicas. Entre estas últimas recordamos la que hizo Emmanuel Pontremoli de la antigua Pérgamo, mostrando en dibujos de admirable precisión y claridad las estructuras individuales, sus relaciones mutuas, sus esculturas e inscripciones, entre las cuales nos atrae el Gran Altar de Zeus, como otro ejemplo de arquitectura que lleva consigo un verdadero mensaje—más realista que el Partenón, pero mucho menos realista y personal que varios de los grandes monumentos construidos por los emperadores de Roma. Sus caballos marinos uncidos a la carroza de Tritón, sus deidades, su águila portadora del rayo y la tormenta, y la vida de sus sirenas y ninfas, hubieran cautivado a Colón, si alguna vez hubiera releído su incomparable diario en el que describe de manera tan romántica las sirenas que alcanzó a ver en las cercanías de las costas de Hispaniola.

Y como el héroe que vamos a conmemorar tuvo visiones románticas y realizó proezas heroicas, es indudable que los artistas instintivos se aprovecharán de la ocasión para dar rienda suelta a su fantasía evocadora y a su imaginación artística.

No es ésta, en verdad, una esperanza quimérica. Tampoco se podría decir que se exige demasiado del arquitecto moderno cuando se le pide que olvide por una vez sus rutinas, a fin de que busque nuevas orientaciones—a fin de que pueda pensar en términos más elevados y pueda crear con el mismo celo atrevido de un Cristóbal Colón.

Es necesario, por lo tanto, que el competidor evite diseñar un faro convencional o algo que sólo despierte la simple curiosidad del vulgo o el interés pasajero de la gente demasiado ocupada para pensar. Debe crear algo grandioso y espléndido, rebosante de inspiración—algo que evoque una idea inmortal y significativa que los hombres y las mujeres de sensibilidad y pensamientos estéticos transmitan de generación en generación.

Motivo suficiente para dar salida a los impulsos de las almas artistas encontramos en nuestro problema.—Lo encontramos desde aquel momento en que zurcamos el aire iridescente y pasamos sobre la Torre Isabela. Porque al dejar atrás la eminencia que sirviera tantas veces para señalar inciertos rumbos a Colón, a través del espacio sin límites divisamos claramente dos vastos continentes y numerosas naciones prósperas, desarrollándose en concordia y harmonía; preguntándonos a medida que volábamos, si Colón desde su pequeña carabela o Poseidón desde su carroza marina pudieron preveer lo que ahora nosotros divisamos desde las alturas.

Con el correr de los años, frente a este mismo promontorio pasó la flota de Napoleón Bonaparte—compuesta de 83 bajeles construidos especialmente para una campaña Americana—en la que viajaban Paulina y el cuñado del Dictador, decididos a realizar grandes cosas en esta isla rica y fértil, y tan confiados en el éxito de su aventura que trajeron consigo bellos tapices y muebles y todos los ricos accesorios que se necesitaban para montar un palacio digno de los parientes del Primer Cónsul. Más tarde, Sir Home Riggs Popham cruzó el mismo lugar navegando en dirección opuesta con un cargamento de seis millones de dólares en oro, que llevaba a depositar en el Banco de Inglaterra a nombre de Marie Louise Christophe, Reina de Haití, por encargo de un feroz negro que de esclavo se había convertido en Rey. Y a pesar de que no

sabía leer ni escribir, tenía una *imprimerie Royale;* usaba una carroza regia, tirada por dos troncos de caballos grises que ostentaban en sus arneses el escudo de armas de Haití; mantenía una corte opulenta; fué el autor del Código *Henri* que trajo prosperidad a su reino; creó un sistema monetario estable; dictó leyes para reglamentar la profesión médica; construyó una ciudadela inexpugnable a mil metros sobre el nivel del mar, además de un gran palacio y una veintena de suntuosas residencias; y dirigió una carta al *Petit Corporal*, que empezaba con estas palabras: "*Au premier blanc du premier noir.*"

Existieron también los no menos pintorescos piratas, cuya mención nos hace recordar que cuando el Tratado de Asiento dió a Inglaterra el monopolio de la trata de esclavos en la América Española (mucho antes de que Wilberforce emprendiera sus célebres campañas abolicionistas), el más notorio de los filibusteros, según la Enciclopedia Británica, era Bartholomew Roberts, y que en estas regiones merodeó el grotesco y feroz Blackbeard; estimulando aún más nuestra imaginación la mencionada obra, cuando añade ingénuamente que sería poco acertado equiparar a Ulises o a Napoleón con el Capitán Avery, el Capitán Kidd o Bartholomew Roberts (todos ellos famosos filibusteros de gran renombre en los anales de la piratería), mezcla ésta de mitología e historia que sirve para convencernos de que nuestras ideas sobre la ornamentación del Faro de Colón no son en manera alguna absurdas. Mas lo que no podemos comprender es por qué Sir Francis Drake no fué incluido en esta lista de valientes, puesto que en la misma Enciclopedia leemos que este marino obtuvo de la Reina Isabel de Inglaterra una patente de corso y que poco después saqueó la población española de Nombre de Dios. A no ser que sus proezas "en nombre de Dios" (geográficamente hablando, por supuesto) lo eleven de lo terrestre a lo ideal, colocándolo a mayor distancia de los confines de la piratería de la que guardan Ulises o Napoleón.

Entre otros hechos históricos cuyo número es interminable, recordamos muchos acaecidos en épocas más recientes, porque son también de gran interés y significación. ¿No podrían quizás ofrecer inspiración al artista instintivo las visiones que el peón humilde y sencillo contempla vagamente en el aire sofocante y caluroso de los trópicos, cuando se persigna amedrentado al evocar los misterios de antaño?

O bien, dirigiendo una mirada atrevida hacia el horizonte del futuro, nos volvemos a preguntar si el artista de inspiración clara no podría simbolizar cosas que aún no pertenecen a la historia, tales como las actividades de los futuros oficiales de tráfico del Faro de Colón, cuando desde su salón radiotelegráfico escudriñen el éter en constante vigilancia de los cambios de viento y de la formación de tempestades para comunicarlos a los aviones que zurcan el espacio a medio mundo de distancia, a fin de que las Líneas Panamericanas de Navegación Aérea funcionen con la mayor seguridad y precisión. Una deslumbrante alegoría de tal naturaleza, merecería sin duda alguna ser llamada la *largesse* de longitud y latitud.

Preguntémonos, finalmente, qué inspirará en mayor grado a la humanidad actual, la Mitología o la Historia; y cuál de ellas servirá mejor para inmortalizar los primeros albores del Nuevo Mundo.

Para nosotros, todo lo que vimos, escuchamos y soñamos en los trópicos parece tener tanta inspiración como las leyendas mitológicas. Por otra parte, creemos sinceramente que lo que aún se levanta del Partenón, ahora frío e inanimado, no recibiría la admiración y

dedicada consideración que se le da, si no fuera por ese algo intangible que lo engendró—si no fuera por su fama verdaderamente épica—si no fuera porque la gente de cultura y educación sabe y siente cuál fué el espíritu que lo animó, es decir, que el Partenón sirvió para simbolizar en forma divina, el valor sin igual, la vida intelectual y la exquisita cultura de la democracia Ateniense.

X

ALGUNOS DE LOS ADELANTOS MATERIALES QUE ESTÁN ALCANZANDO LOS DOMINICANOS

UNA magnífica red de carreteras, igual a la de los países más adelantados, está por terminarse en la República. Estos caminos, además de estar individual y colectivamente bien construidos y desaguados, cruzan numerosos ríos con modernos y duraderos puentes de hormigón, que están fuera de toda alabanza. Para mantener las carreteras en perfecto estado, se emplea constantemente un hombre para cada kilómetro de recorrido. Las líneas divisorias entre las distintas provincias se encuentran bien demarcadas con mojoneras de hormigón, en cuyas caras puede leer el viajero datos valiosos sobre la localidad.

Por lo que respecta a la agricultura, una excelente escuela y granja experimental, con varias sub-estaciones en las provincias, son elocuentes testigos del espíritu de actividad y progreso que predomina en la materia. Los campesinos están cultivando asíduamente parcelas cada vez más grandes, ayudados por varios sistemas de irrigación ya terminados o en activa construcción. El gobierno ha importado varias especies de ganado de pura sangre para impulsar el desarrollo de la ganadería nacional. Existe, además, un movimiento para atraer colonizadores agrícolas que se establezcan permanentemente en la República.

Se está llevando a cabo con todo éxito una campaña higiénica y sanitaria contra las enfermedades tropicales, y el hospital de la ciudad de Santo Domingo ha sido ensanchado y arreglado con todos los adelantos modernos.

En la capital y en otras ciudades del país se están construyendo sistemas modernos de abastecimiento de aguas y de atarjeas, redes subterráneas de alambres, escuelas y excelentes pavimentos.

En el puerto se están llevando a cabo extensas mejoras, y la capital agregará pronto a sus bellos edificios un nuevo teatro y un magnífico hotel. Estas mejoras harán de Santo Domingo un lugar no sólo tan popular para pasar el invierno como lo son Bermuda, Nassau o Puerto Rico, sino que infinitamente más interesante.

Funcionan, además, varias estaciones radiotelegráficas, y la red telefónica continúa extendiéndose por toda la República.

Finalmente, merced a una tranquilidad permanente y a un gobierno atinado y previsor, las exportaciones e importaciones de la República han aumentado extraordinariamente y el pueblo, como un todo, está en situación mucho mejor de la que nunca alcanzó en tiempos pasados.

XI

CULTURA LATINOAMERICANA EN EL PASADO Y EL PRESENTE

MUCHOS Dominicanos hablan Inglés y Francés, además de su propio idioma, y unos cuantos todavía muestran un respeto deliciosamente anticuado por la cultura; aunque no puede negarse que los viejos días Criollos, graciosos, sin precipitaciones y ex-

quisitamente cultos, han desaparecido casi por completo. Algunas familias acostumbradas por largos años a los lujos y delicadezas del bien vivir, gente bondadosa y hospitalaria, relatan con orgullo cómo Santiago de los Caballeros fué fundado en 1504 por treinta caballeros de noble alcurnia que obtuvieron la venia del Monarca Español para dar al lugar ese nombre arrogante y orgulloso. Y como el pasado persiste en sus descendientes y en muchas de sus costumbres, en la actualidad se encuentra a veces un caballero o una dama que tanto por sus palabras como por sus modales acusan poseer una delicada fineza, usando este vocablo en su verdadero significado. Aquí, por ejemplo, encontramos a una bella dama de porte encantador y grácil que conversa sobre cualesquiera bagatelas, primero en Inglés y luego en Francés con gracia y delicadeza cautivadoras. Más allá, un cumplido caballero de exquisitos modales que conoce la vida admirablemente, que ha viajado extensamente y que no sólo habla cuatro o cinco idiomas, sino que puede disertar con autoridad sobre una infinita variedad de temas; y si el tema es sutil y refinado, agrega a su conversación un gusto especial que invariablemente deja fascinado al oyente. Aunque numerosos, estos casos, aquí como en todo el mundo, son excepciones, ya que las clases altas, como un todo, están integradas hoy día por instruidas mujeres modernas y hombres de negocios activos y competentes.

Hablando en términos generales, en la mejor sociedad de toda la América Latina se encuentran numerosas personas refinadas que conocen Europa y especialmente París a la perfección. Alguna de ellas os citará en el original a Alfredo de Musset con una simpatía exquisita con la que demuestra comprender y sentir el espíritu, la gracia y la elegancia de la verdadera poesía. Lo mismo sucede en todas las otras ramas del arte, especialmente la música.

Ahora bien, como los rayos de nuestro faro no se limitarán a las fronteras de Santo Domingo, sino que rasgarán el espacio en todas direcciones con sus ondas luminosas y también con sus ondas radiotelegráficas más poderosas que las primeras y que son ya verdaderas carreteras aéreas, conectando muchos países con el Faro Monumental de Colón—nos parece pertinente que este nuestro último capítulo sirva para iluminar al competidor en cualquier país en que se encuentre a fin de que comprenda en toda su amplitud el problema que va a resolver.

Debe tener presente que hay que considerar dos puntos de vista distintos, recordando que la cultura del Americano de habla Inglesa se remonta a los tiempos de los Jorges de Inglaterra, en tanto que la del Americano de habla Española data de los tiempos de Averroes, el célebre filósofo Arabe; de la época de las *Siete Partidas;* de los tiempos de Santo Domingo. Ambas tienen sus tradiciones propias y cada una ha seguido lineamientos distintos.

El problema, por lo tanto, es Panamericano y como tal requiere una solución Panamericana, en la cual exista una combinación perfecta de lo práctico con lo cultural y lo social.

No es necesario aquí que nos detengamos a examinar el espíritu vigoroso y emprendedor de los Americanos de habla Inglesa, bien organizados y altamenta competentes. Mas la cultura de los Americanos más antiguos de origen Europeo es menos conocida, y por esta razón creemos pertinente concluir estas observaciones sin concretarlos tan sólo a lo que vimos y escuchamos durante las tres cortas semanas de nuestra estancia en Santo Domingo sino incluyendo en ellas lo que hemos aprendido en otros viajes a otros lugares de la América Latina y merced a nuestras relaciones con numerosos y dis-

tinguidos Latinoamericanos durante un período de 40 años. Por lo tanto no mencionaremos lo que nuestro pueblo ha realizado en los trópicos; y haciendo caso omiso de la cultura traída por los Españoles a la Florida y a California, de la cultura traída por los Franceses a Louisiana, en la cual floreció por largos años bajo el código de Napoleón una deliciosa sociedad de habla Francesa, y también de la exquisita cultura Latina que todavía florece en una antigua universidad del Canadá; nos limitaremos aquí a la extensa área que se extiende al sur del Río Grande—es decir, a lo que hoy día es la América Latina. De sus naciones integrantes mencionaremos únicamente lo que concierne a la gente de cultura y buena crianza, sin detenernos a considerar, por falta de espacio, las maravillosas labores de esos pueblos en años recientes para domeñar a la naturaleza salvaje y grandiosa y explotar sus riquezas sin igual, así como los portentosos adelantos alcanzados en la educación y en el mejoramiento social y económico de las masas.

Sin género de duda, el Consejero no es el indicado para tamaña tarea. El tratar de disertar sobre la cultura de veinte naciones, cada una de ellas tan distinta de la suya propia, es un acto rayano en la temeridad. Sin embargo, son tan pocos lo que realmente han gozado de la vida, tan pocos los que apenas sospechan que de esta vida han gozado y gozan todavía en toda su plenitud, pequeños grupos de Latinoamericanos, que debe intentarse hacer una somera descripción, cuando menos para estimular en los competidores de otras partes del mundo, el deseo de consultar competentes autoridades sobre la materia.*

Es bien sabido que la educación y la cultura no son la misma cosa. Los bellísimos tejidos de los indios analfabetas de Guatemala y el Perú, así como los maravillosos encajes hechos por los indios de México y el Paraguay, representan una cultura aborigen de cierta importancia; en tanto que en el otro extremo de la escala social se encuentra el mayor grado de cultura entre la gente instruida de esas tierras históricas—entre los descendientes y protegidos de familias que han gozado siglos de tradiciones y refinamientos. En una palabra, todos sabemos que la verdadera cultura involucra un refinamiento de la mente y del corazón que se demuestra en lo que uno hace y en la manera como se hace.

Si el espacio lo permitiera, nos gustaría describir el antiguo sistema patriarcal de algunos países Latinoamericanos y referirnos a los arrogantes Mantuas de Venezuela o a los no menos aristocráticos Paulistas del Brazil; nos gustaría repetir pequeños episodios históricos de las aristocracias de Chile, Colombia, México y muchos otros países, para ver lo que hacían y la manera exquisita como lo hacían; y especialmente nos deleitaría detenernos a hablar sobre el carácter y la personalidad de un gran hombre que fué emperador hace menos de 40 años—un verdadero noble a quien todavía se conoce en los altos círculos académicos del mundo como el Marco Aurelio Transatlántico.

Mas debemos limitarnos a la cultura Latinoamericana contemporánea. Debemos seguir la corriente del mundo y observar a los hombres y a las mujeres tal como son, más bien que como solían ser, aunque sea hace sólo 40 años. Por lo tanto creemos apropiado mencionar que la Sexta Conferencia Internacional Americana, reunida hace unos cuantos meses, fué presidida por el eminente Cubano, Dr. Sánchez Bustamente, que es uno de los jueces más distinguidos que integran la Corte Inter-

*"*Latin America, Its Rise and Progress,*" por F. García Calderón; "*El Supremo*", por Edward Lucas White, y numerosas historias, biografías y obras escritas en diferentes idiomas.*

nacional de Justicia, y describir, en breves palabras, lo que hizo y la infinita gracia con que presidió una ceremonia de gran significación y belleza.

Los Cubanos decidieron señalar y simbolizar la ocasión, erigiendo en el centro del Campo de Marte, en la Habana, un bello recinto de bronce dentro del cual se plantaría el árbol de la fraternidad en suelo formado por tierra traída de un lugar cercano a algún santuario de la libertad en cada una de las naciones que forman la Unión Panamericana. Con infinito cuidado y propiedad se hicieron todos los preparativos para la ceremonia. Al clausurarse las sesiones de la Conferencia, el Dr. Bustamante, acompañado por representantes de cada delegación, plantó el árbol y antes de vaciar el saco que contenía la tierra Cubana, con reverencia suma se lo llevó a los labios, dando un ejemplo que siguieron, uno por uno, todos los delagados. Mas esto no fué todo. Esta no fué la única forma en que puso de manifiesto esa especie de refinamiento de mente y corazón, típicamente Latino, porque una vez que este suelo único había sido mezclado en una sola masa, saliendo con sus acompañantes del ya sagrado recinto, cerró con llave sus verjas y entregó a cada delegado una llave de oro, tal como un patriarca hubiera entregado una llave de su heredad a cada uno de sus hijos.

Estátua de Caonabo, por el Escultor Dominicano Abelardo Rodríguez Urdaneta

* * *

Por otra parte, es muy cierto que el rápido avance del progreso económico está extinguiendo el viejo sistema patriarcal, y como consecuencia de ello algunos de los refinamientos más delicados van desapareciendo poco a poco. Con la independencia, la energía y la celeridad modernas, la vida no es tan holgada y agraciada como solía ser; mas a pesar de esto, los modales distinguidos y la espléndida conciencia de los valores espirituales persiste aún.

Todo lo cual prueba que los Latinos tienen todavía tiempo y paciencia suficientes para expresar con gracia lo que está en sus mentes y en sus corazones.

Y gracias a esta conciencia, todavía se escuchan las palabras "noble" e "innoble," y frases tales como "una muerte más elevada," "el poder del resurgimiento," "hay que evitar los extremos," "*l'art de penser juste*," "el fondo es más precioso que la superficie," "distinción moral," "integridad intelectual," "un sentido de plenitud y belleza," "el mundo invisible," "*ce superflu, si necessaire*," etc., usadas en un sentido de finalidad. Los tiempos podrán cambiar, mas no el temperamento de la gente culta, cuyo refinamiento de mente y corazón está profundamente arraigado.

Físicamente, *les gens spirituelle*, así como *les gens chic*, con sus pies diminutos, saben cómo descender una escalinata con dignidad, cómo sentar una dama a la mesa con gracia y soltura, como acompañar, cordial y consideradamente hasta la puerte de la sala, a un visitante que se despide; y por último, cómo bailar

BIBLIOTECA NACIONAL · SANTO DOMINGO, R. D.

divinamente. Poseen, en una palabra, mil modales y gracias sociales. Pero lo que admiran más, es el brillo y el esplendor de la personalidad. En efecto, a menos que un hombre valga más que las riquezas materiales que posea, se le considera como vulgar, como "muy bajo," usando las mismas palabras que murmuran ellos cautelosamente.

Para dar un ejemplo más, y probar a la vez que el Anglo-Sajón aprecia en todo su valor a un hombre verdaderamente acabado y culto, mencionaremos a otro Latinoamericano, aquel magnífico viejo de cabellos blancos que murió en Washington hace cerca de 20 años: el Sr. Nabuco, del Brazil—Embajador tan favorito ante la Corte Inglesa como ante los Estados Unidos—distinguido letrado y lingüista que tenía el carácter reposado del *gentleman* Inglés culto, junto con todos los refinamientos del Parisiense elegante. Sus graciosas atenciones y oportunos cumplidos, cautivaban a todos; en tanto que su profunda erudición y su habilidad diplomática hicieron que Mr. Elihu Root, entonces Secretario de Estado de los Estados Unidos, lo describiera como un "verdadero estadista Romano."

La dignidad que tales hombres poseen en alto grado, es un eco vivo de los días idos, cuando sus antepasados vivían con esplendor e inspiraban profundo respeto. En nuestros días sólo unos cuantos viven con esplendor. Se han acabado los tiempos de los Virreyes y Emperadores. Ya no se ve a las grandes damas llevadas por las calles lodosas en literas cargadas por sudorosos esclavos, ni a los grandes caballeros galopar en sus veloces corceles. Sin embargo, perduran aún algunos hábitos del romántico antaño.

Los nobles placeres de la mente han reemplazado a los placeres, a veces menos nobles, de la Corte. Frente a un vaso de vino, los caballeros de hoy día se deleitan en discutir sujetos abstractos, cuestiones de buen gusto y temas de belleza moral. Una frase feliz o algunas líneas de una bella poesía son repetidas con placer. Saborean las palabras con más fruición que el vino. Y si por ventura se discute la última creación de algún poeta, dan vida a sus comentarios con el tono de la voz y los ademanes, de una manera que sugiere la quinta esencia de la apreciación. Y con el mismo detenimiento discuten también los temas de alcances más amplios, los movimientos del mundo moderno, ya que lo que las razas nórdicas están haciendo ocupa ahora su atención mucho más que en años anteriores; y de este modo la competencia y la tendencia fatal hacia la uniformidad mundial, hacia lo *standard*, ríndenles más y más difícil el virvir según sus tradiciones seculares. Más y más difícil, en verdad, ahora que hasta el peón más humilde empieza a tener conciencia del significado de las palabras "ciudadanía," "democracia" e "igualdad."

Sin embargo, la *elite*, refinada, alegre y culta, se aferra a las viejas costumbres. Todavía envían a los niños a educarse a Europa. Y la cultura que allí reciben se refleja inmediatamente en su conversación. Cuando regresan del viejo mundo, ya sea en un momento de seriedad o en sus galanterías y placeres, poseen una manera fascinadora de hablar, unos modales llenos de distinción y gracia, que son el resultado de enseñanzas especiales. Ellos a su vez, inculcan en sus niños la convicción de que ni la riqueza, ni los viajes, ni aún la ilustración misma pueden reemplazar a la buena crianza. En consecuencia, los miembros de ciertas familias han adquirido, por generaciones, el más raro y distinguido de todos los dones sociales—un aire de dignidad inimitable. Gustan gozar de ciertos ratos de ocio, no de holganza, para leer, conversar y disfrutar de placeres estéticos, y de entre ellos han salido varios caballeros de vasta

ilustración y refinada cultura que han recibido el honor de sur invitados a pronunciar conferencias ante el Instituto de Francia. Esos estudios, escritos no en su propia lengua, sino en impecable Francés, y leídos bajo las bóvedas de la *Casa de los Inmortales*, han sido del agrado completo de los Académicos, los cuales como es bien sabido, forman colectivamente el grupo más crítico y más exigente del mundo.

Ahora bien, como la facilidad de palabra, la meditación profunda y la gracia, solidez y claridad en la escritura, unidas a los finos modales, contribuyen mucho para hacer al orador, no debe extrañarnos que en la América Latina haya tantos buenos oradores, en la verdadera acepción de la palabra—maestros de la persuasión y la galantería, así como de la polémica; entre los cuales no debemos olvidar a los Americanos de habla Francesa, ya que la sóla lectura de algunas eulogías y diatribas ricas y sonoras de ciertos célebres Haitianos bastan para proporcionar un verdadero placer interior.

Nuestro tema es inagotable. Para terminar, bástenos decir que los Latinoamericanos cultos empiezan a inclinarse menos hacia Europa que en el pasado. Se encuentran ahora laborando con tesón para desarrollar una cultura propia, y por lo tanto ya no necesitan ir al extranjero para beber en las fuentes del arte, la literatura y la música. Los países Latinos del viejo mundo, entretanto, siguen este desarrollo cultural con vivo interés y respeto, prueba de lo cual son las numerosas obras de sus poetas, pintores, escultores, músicos y pensadores que se conocen muy bien en Europa. En verdad, en Francia y en España se cita a poetas Latinoamericanos como Rubén Darío, con la misma frecuencia con que se les cita en su patria y en los países vecinos.

A este respecto es pertinente hacer notar que la tarea de perpetuar la pureza y de enriquecer el caudal de la lengua española se halla, en parte, en manos de la América Latina. Esto se demuestra con el hecho significativo de que las Naciones Latinoamericanas, al romper sus lazos políticos con las madres patrias, no suspendieron sus relaciones intelectuales y espirituales con ellas. Y es por esto que la Real Academia Española de la Lengua, tiene entidades afiliadas en las antiguas colonias, las Academias Nacionales de los diversos países, a las cuales consulta regularmente sobre la admisión de nuevos vocablos en la lengua Española. En ésta y en otras formas los países Americanos de habla Española contribuyen grandemente al progreso de la cultura Española; en tanto que los hombres de letras Brasileños sostienen relaciones con los círculos intelectuales de Portugal y realizan una labor cultural semejante.

Finalmente, debemos recordar la antigüedad de las Universidades de la América Latina, sin olvidar la de La Valle en Canadá al mencionar las de Chile, Perú y México. La primera de todas ellas fué la Real y Pontificia Universidad de Santo Tomás de Aquino, en Santo Domingo, fundada por una Bula del Papa Paulo III el año de 1538, o sea 98 años antes de la fundación de la Universidad de Harvard, la más antigua de los Estados Unidos.

Ya se ha dicho lo suficiente para poner de manifiesto la necesidad de que todo competidor conozca los hechos apuntados anteriormente. Sobre todo, debe recordar que la cultura Latino Americana fué fomentada de mil maneras por una Iglesia que sólo en México, durante 300 años de Virreinato, construyó no menos de 9000 catedrales e iglesias de piedra, majestuosas, imponentes y de una belleza sin par.